

Pontificia Universidad Católica del Perú
BIBLIOTECA CENTRAL
COMPRA

CARMEN Mc EVOY

EN POS DE LA
REPÚBLICA

Ensayos de historia política e intelectual

Centro de Estudios Bicentenario
Municipalidad Metropolitana de Lima
Asociación Educativa Antonio Raimondi

Mc Evoy, Carmen

En pos de la República: ensayos de historia política e intelectual.
Centro de Estudios Bicentenario; Municipalidad Metropolitana
de Lima; Asociación Educacional Antonio Raimondi, 2013
400 p. : ill.

REPÚBLICA / CULTURA POLÍTICA / REPUBLICANISMO /
BIOGRAFÍA INTELLECTUAL / INDEPENDENCIA / REPÚBLICA
MILITARIZADA / PERÚ

Este libro es para mis amigos. No existen palabras para agradecer el cariño, la generosidad
y la lealtad que me regalaron a lo largo del camino.

Este libro es también para Patricia, compañera de juegos y hermana del alma,
y para La Punta, nuestra «república» amada.

EN POS DE LA REPÚBLICA:

ensayos de historia política e intelectual

- © Centro de Estudios Bicentenario | Perú
Camino Real #725 - 2A | San Isidro
[facebook.com/centrobicentenario](https://www.facebook.com/centrobicentenario)
- © Municipalidad Metropolitana de Lima
Jr. Jirón Camaná #564
munlima.gob.pe
- © Asociación Educacional Antonio Raimondi
Av. La Fontana 755 | La Molina
asociacionraimondi.org.pe

Diseño editorial: ErickRagas.com
Imagen de carátula: Photodune®
Cuidado de la edición: Roberto Niada
Cierre de la edición: Víctor Arrambide

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú No 2013-09680
ISBN: 978-612-46060-1-4
Impreso en Perú
Primera edición
1000 ejemplares

el hogar y restablecer la paz, la concordia y la gobernabilidad haciendo correr el velo del olvido sobre el pasado y construyendo el perdón jurídico mediante amnistías e indultos. Uno de aquellos momentos, quizás el más importante en el siglo XIX, ocurrió en 1869 durante el ritual funerario que congregó a «la familia chilena» alrededor del «padre fundador». Un padre que al volver permitía reformular las relaciones sociales, que el desarraigo y los cambios económicos acelerados habían quebrado. Sin embargo, la solidaridad creada a expensas del sacrificio simbólico de O'Higgins no duró mucho. Para resolver los agudos conflictos desatados por una modernización periférica, fueron necesarios nuevos sacrificios y nuevas inmolaciones, las que al cabo de diez años se convirtieron en eventos regulares. La guerra del Pacífico proveyó de un escenario para los mismos. Arturo Prat, cuyos restos mortales realizaron un recorrido muy similar al de los restos de O'Higgins, fue uno, entre muchos, de los herederos de la escenografía y la coreografía que rodeó a la apoteosis del padre fundador, el que se convirtió en un importante paradigma para los héroes y para los actos de reconciliación que ocurrirían en el futuro.

MANUEL PARDO Y EL PROYECTO DE LA REPÚBLICA PRÁCTICA*



En medio de las disidencias políticas, que alejan a los hombres, hay siempre un lazo que los une: el del amor a su país y el vivo anhelo por su felicidad. Ocupémonos todos pues de ganar los favores de la nación en este terreno, que por dicha nuestra es bastante ancho para que todos quepan: unámonos todos para servir las ideas que satisfagan sus necesidades y para combatir las pasiones que la conmueven: y así no sólo habremos hecho buenas leyes sino que habremos devuelto la calma a los espíritus y la paz a la sociedad.

Manuel Pardo, *Discurso al asumir la presidencia del Senado*

¿Que nosotros hacemos una revolución? ¿Quién lo ha dudado?

Manuel Pardo

La construcción de la «república práctica» fue un tema que ocupó mucho el interés, el tiempo y las energías de Manuel Pardo. En 1859, un revelador ensayo sobre su viaje a la provincia de Jauja se convirtió en el punto de partida de esa visión de conjunto que lentamente fue articulando sobre el Perú. Su experiencia particular, publicada en 1860 en *La Revista de Lima*, fue trasladada a la esfera pública capitalina.¹ Así, el viaje del futuro presidente de la república a Jauja (1857-1859) fue de gran importancia tanto en su orientación vital como en el desarrollo de su modelo político-intelectual. La riqueza conceptual que exhiben los estudios sobre Jauja, en los que Pardo esboza de manera clara su propia versión de la dicotomía civilización-barbarie y de la relación entre el Perú y Occidente, radica en las valiosas claves que dicha narrativa encierra respecto de los orígenes y características del pensamiento civilista.

El itinerario intelectual de Manuel Pardo (1834-1878) parte de un encuentro con la magnificencia y vastedad de los Andes centrales. Refiriéndose a su afección pulmonar, razón de su estadía en Jauja, Pardo se encargó de subrayar que su larga residencia en el valle de Junín, un lugar que contaba con todo aquello con que podía «favorecer a un país la Providencia», estuvo asociada a motivos ajenos a su voluntad. La casualidad no disminuyó, sin embargo, su interés por presentar a los lectores limeños «algunos pedazos de los Andes» que muy pocos conocían y que muchos miraban con «el más alto desprecio». El encuentro entre un limeño ilustrado y un mundo rural admirado pero también ignorado, e incluso temido, permitió la reproducción en el Perú de uno de los regímenes

* El presente ensayo es una versión modificada de Mc Evoy, Carmen. «Estudio preliminar. El camino a la república práctica». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 15-67.

¹ Pardo, Manuel. «Estudios sobre la provincia de Jauja (1860)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 83-135.

de representación más poderosos del siglo XIX hispanoamericano.² Una aproximación al mismo permitirá esclarecer ciertos rasgos esenciales del proyecto civilizador que Pardo desarrollaría en las décadas siguientes y que serviría de sustento ideológico al movimiento civilista que, bajo su liderazgo, surge en 1871.

Este ensayo recorrerá la producción intelectual de Manuel Pardo con la finalidad de comprender mejor algunos de los hitos de «la cruzada civilizadora» que subyace a su modelo de integración política y económica. Esta propuesta contempla dos premisas fundamentales. La primera gira alrededor de la necesidad de construir una nueva aproximación teórica a los «Estudios sobre la provincia de Jauja». Al incorporar ese trabajo germinal dentro de la literatura de viajes podremos utilizar el novedoso marco teórico que acerca de esa temática ha venido desarrollándose a lo largo de los últimos años.³ La segunda premisa conlleva la necesidad de repensar la obra de Manuel Pardo de una manera orgánica, estudiándola como una temprana manifestación del pensamiento poscolonial peruano en su compleja relación con Occidente.⁴

Pardo inicia la presentación de su primera contribución en *La Revista de Lima* relevando el hecho de que, a pesar de las resistencias internas, el Perú había sido «arrastrado», incluso contra su voluntad, por la «locomotora del progreso». Si bien es cierto el escritor era consciente de que una serie de constreñimientos —entre ellos «la indolencia de la raza»— habían provocado que «el camino de la civilización» fuera «difícil y tortuoso», nadie podía negar, a esas alturas, que los cambios tecnológicos ocurridos en el mundo habrían de ejercer algún grado de influencia en el Perú. Y es que en plena «era del capital» no podía catalogarse de «visionaria» una propuesta ferrocarrilera que tenía por norte abrir las regiones interiores del país a la civilización. Para «doblar los Andes», nada más adecuado que el uso de «la mecánica del siglo XIX». La puntual enumeración de las bondades del ferrocarril trasandino, el que debía «civilizar» al mismo tiempo que «educar», tenía por meta convencer a un gobierno dispendioso sobre la urgente necesidad de invertir

2 Un régimen de representación es un espacio de presencia y de ausencia, y, en consecuencia, un espacio de deseo. Los regímenes de representación se estructuran a partir de una carencia. Debido a que la representación requiere de la articulación de algo nuevo, la misma exhibe un carácter dialógico, «un horizonte ilimitado», que crea una situación en la cual el sujeto no está completamente identificado con la representación, y por ello siempre se da la sensación de que le falta algo. Para la aplicación de este modelo a la experiencia colombiana, ver Rojas, Cristina. *Civilization and Violence: Regimes of Representation in XIXth Century Colombia*. Minnesota: Borderlines, 2001, p. XX.

3 A partir de la publicación del libro *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge, 1992, Mary Louise Pratt abrió una importante veta para el análisis de la literatura de viajes. Para recientes aproximaciones al tema desde la perspectiva hispanoamericana, consultar Brintrups, Lilianet. *Viaje y escritura: viajeros románticos chilenos*. Nueva York: Peter Lang, 1992. Para la tradición de la literatura de viajes en el Perú, ver Núñez Hague, Estuardo. *Antología de viajeros; textos fundamentales sobre realidades peruanas*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1994; y El Perú visto por viajeros. Lima: PEISA, 1973, 2 vols.

4 Mignolo, Walter. «Occidentalización, imperialismo y globalización: herencias coloniales y teorías post-coloniales».

en infraestructura vial. Esta colaboraría en hacer circular el tipo de «retornos» capaces de sustituir al guano cuando su explotación se extinguiese. Pardo subrayó de manera enfática que el probable colapso de la economía guanera, además de forzar al Perú de un día a otro de «la opulencia a la miseria», lo haría enfrentar una brutal transición de «la civilización a la barbarie». ¿Cuál fue la lectura que hizo Pardo de esta dicotomía, que contemplaba de manera implícita un distanciamiento entre la costa y la sierra, que podría revertirse, según él, mediante la tecnología?

Cristina Rojas ha señalado el hecho de que en Hispanoamérica el «deseo de civilización» fue más fuerte, incluso, que el de acumular dinero.⁵ Dentro de un marco conceptual en el que la civilización era el termómetro que determinaba la posición de las burguesías periféricas en la jerarquía de las naciones, es posible entender la necesidad apremiante que aquellas tuvieron por incorporarse al mundo civilizado. En el artículo titulado «La Sociedad de Beneficencia de Lima», Pardo señalaba que la construcción de un «edificio para dementes» en el Cercado de Lima era para el extranjero que visitaba la ciudad capital un testimonio de que en el Perú no eran completamente ignoradas las obligaciones que se imponían a «las naciones civilizadas». Este tema será explorado en un artículo posterior, «Algo sobre el proyecto de Código Penal. Vagancia». En el mismo, Pardo abordó un asunto que por su estrecha relación con el disciplinamiento de la mano de obra fue crucial dentro del esquema civilizador europeo. El escritor señaló que el legislador peruano no podía «mirar en el vago sino al ciudadano degradado». Así, ante el «delito consumado por una parte de la sociedad contra la mayoría de ella», el cual atentaba contra el «progreso material y moral de la nación», el «mundo civilizado» debía reaccionar con fuerza. Dentro de esta perspectiva, la solución era castigar a los vagos, que eran los «defraudadores» —de acuerdo con Pardo— de los «esfuerzos y sacrificios» del sector laborioso de la sociedad peruana.⁷

El régimen de representación de la obra de Pardo, especialmente los «Estudios sobre la provincia de Jauja», es tributario y está influenciado por la narrativa europea. Esta, además de pretender plasmar «una conciencia planetaria», exhibió como su núcleo central el deseo de civilización. Dentro de este contexto, los viajeros científicos que llegaron desde la etapa colonial a las costas hispanoamericanas fueron vistos como los agentes del progreso. Apoyados por sus imperios y dotados del espíritu científico europeo, estos viajeros construyen un poderoso discurso en torno a Hispanoamérica. La influencia de

5 Rojas, *Civilization and Violence*, cap. I.

6 Pardo, Manuel. «La Sociedad de Beneficencia de Lima (1860)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 184-189.

7 Pardo, Manuel. «Algo sobre el proyecto de Código Penal. Vagancia (1861)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 190-195.

la literatura de viajes, inaugurada por personajes como Alexander von Humboldt, fue inmensa. Esto debido a la concepción que, a partir de su diseminación, las élites hispanoamericanas empiezan a adquirir sobre ellas mismas.⁸ El discurso legalista y obsoleto de España se reemplazó por uno de corte científico, basado en una legitimidad provista por el lenguaje del conocimiento. Este discurso científico se convierte en el objeto de imitación de las narrativas, tanto ficticias como no ficticias, de Hispanoamérica. A pesar de que dos enemigos —«las masas ignorantes» y la amenaza permanente del imperialismo europeo— interferían allí contra la cristalización del modelo civilizador, las élites que lo defendían persistieron en implementarlo. En algunos casos, la reformulación ideológica apeló incluso a la literatura de viajes provista por los científicos europeos.

La literatura de viajes ha sido considerada como uno de los géneros fundamentales en la formación de la cultura hispanoamericana. El tema constante de esta mezcla de autobiografía, novela de aventura y etnografía amateur es la recuperación de la unidad perdida, la que se refiere a una organicidad que incluye al yo observador. La narrativa en torno a los viajes científicos —que reproduce la tensión existente entre el mundo urbano y el rural, escindidos a partir del proceso de modernización— exhibe características propias, determinadas —como en el caso del viaje de Pardo a Jauja— por una nueva concepción de la naturaleza, formulada con el auxilio de la ciencia moderna. Pardo es uno de los primeros viajeros republicanos que se acerca a la naturaleza serrana imbuido de un puñado de categorías asociadas a aquella tecnología que, para mediados del siglo XIX, no termina de sorprenderlo. Dentro de este contexto, Pardo se pregunta: ¿«Qué imaginación puede abarcar» lo que de Jauja podrían «desentrañar la ciencia y los conocimientos industriales»? En sus palabras, cualquier mejora que «la civilización» introdujera en las haciendas que cubrían «la superficie inmensa de los Andes de sur a norte de la república» podía dar al Perú más verdadera riqueza que todos los caudales producidos en Chincha.

En los «Estudios sobre la provincia de Jauja», un hito importante en el proceso de construcción de una cultura, una identidad y un discurso civilizador para el Perú decimonónico, el mundo del «otro» queda abierto a la clasificación. Así, Jauja será descrita como un «inmenso jardín» zoológico y botánico. En el viaje de Pardo a Jauja se da la ecuación —ineludible en cualquier expedición científica— entre poder y conocimiento. Más aún, entre la recolección de datos y la posesión, al menos simbólica, del territorio que se está observando. Por ello, al mismo tiempo que el narrador va enumerando sus hallazgos, se encargará de poner de manifiesto el uso económico y militar que se podía hacer de ellos. Dentro de ese contexto, la legitimidad que Pardo toma prestada del discurso científico europeo es un punto fundamental. En el epígrafe con el que da inicio a sus estudios sobre Jauja, la frase de su maestro en el College de France, Michel de Chevalier, funcionará

a la manera de una simbólica brújula.⁹ Así, bajo la dirección del economista francés, el discípulo peruano iniciará una travesía en la que describirá la abundancia de recursos, así como el pobre uso que, debido a la ausencia de tecnología, se hacía de los mismos. «Son tales y tan efectivos los elementos de prosperidad y fortuna [con] que cuenta nuestro país en estado de naturaleza —observaba Pardo— que el aplicarle, aunque no sea más que con la imaginación, cualquier principio de economía social asusta por la inmensidad de las consecuencias».

Manuel Pardo reúne muchas de las características del explorador científico. Como observador, clasificador, comentarista y crítico acucioso, su conocimiento estará asociado a la hazaña de haber viajado a aquellos parajes inexplorados que otros limeños miraban con desdén. Y es que para el hijo del creador del personaje del Niño Goyito, el antiviajero por excelencia, el hecho de viajar y de escribir en el Perú eran tareas ciertamente complicadas. Con una geografía tan adversa como la peruana, y con un público lector «indolente» y desinteresado, el viaje de Pardo no parece desembocar, al menos en el corto plazo, en resultados previsibles. Por otro lado, el hecho de alejarse del espacio costero, su hábitat natural, le permite al escritor limeño no solo levantar un catastro de los recursos con los que contaba la provincia de Jauja, sino darse un tiempo para reflexionar en torno a las capacidades regenerativas de la sierra.

Pardo fue capaz de percibir con claridad las cualidades regenerativas de los Andes. Esa Jauja de «la perpetua primavera» estaba dotada de la vida y la fuerza suficientes para poder detener al Perú «a la orilla del abismo». En efecto, era la sierra la que lo encarrilaría «por el camino de la prosperidad». La posibilidad de establecer una «ciudad universitaria» en la sierra central proveería de una alternativa a la «atmósfera insalubre» y «corrupta» de la capital. Más aún, el contar con un ferrocarril que uniera «la costa del Pacífico con el valle de Jauja» produciría resultados higiénicos de incuestionable valor para la educación de «la débil y macilenta juventud de Lima». La narrativa construida por Pardo en sus estudios sobre Jauja puede ser analizada, en consecuencia, como un hito importante en la historia intelectual de la problemática relación entre la costa y la sierra que ha existido —y aún existe— en el Perú.¹⁰

El reconocimiento de los Andes centrales por parte de Pardo no negó la exuberante belleza de «ese inmenso jardín» de biodiversidad que comprendía «todos los infinitos y variados productos que regalaba la virgen naturaleza». Sin embargo, Pardo advertía que no era lo bello lo que realmente le atraía. La intención del intelectual limeño era, en sus propias palabras, la de colaborar en la «utilización de la belleza», la cual no era eficientemente

9 Pardo, «Estudios sobre la provincia de Jauja», p. 83.

10 Para un análisis del temprano encuentro entre Lima y los Andes, ver Kristal, Efrain. *The Andes Viewed from the City: Literary and Political Discourse on the Indian in Peru*. Nueva York/Frankfurt/París: Peter Lang, 1987.

8 Pratt, *Imperial Eyes*, p. 51.

administrada por los pobladores del Ande. Lo asombroso para Pardo era constatar que, casi por accidente y por una pasiva subordinación al «capricho del tiempo», había meses del año «en que el valle se cubría de sembrío» en una extensión de cuarenta leguas. La productividad serrana debía pasar, en consecuencia, por la modernización tecnológica. Para ello, se tenían que confrontar un sistema de propiedad básicamente comunitario, «la incuria de la raza india» y el sensible atraso en «el sistema de cultivo y útiles de labranza». Otro elemento imprescindible en la transformación estructural de la serranía tenía que ver con la integración económica de «esos campos inmensos de producción» con «los grandes centros de consumo litoral». Esto ayudaría a transformar a Lima en un gran centro de comercio, «en donde operaría un movimiento de cambios que la convertirían pronto en el emporio comercial del Pacífico».

¿Cuál es el balance que podemos hacer en torno al viaje de Manuel Pardo a Jauja? A partir de lo discutido previamente, es posible afirmar que el encuentro entre el joven intelectual limeño y la sierra reúne las características de un acto de apropiación más que de negociación. El impulso discursivo de Pardo, claro y seguro, domina a los «otros» (es decir, a los pobladores de Jauja), los que yacen silenciosos sin derecho a opinar sobre un futuro que se les impone desde afuera. El tema de la diversidad de la naturaleza no encuentra su contraparte en un claro entendimiento respecto de la heterogeneidad de los grupos humanos que pueblan los Andes centrales, los que serán representados como objetos inmóviles dispuestos a ser observados, gobernados e incluso regimentados por el ritmo de un consumo impuesto por Lima. Dentro de ese contexto, el ferrocarril trasandino será percibido como un instrumento capaz de establecer una integración económica, lo que implicaba una apuesta eminentemente tecnológica que no tuvo en cuenta ni la voluntad ni la complejidad del mundo que se intentaba transformar.

A estas alturas del análisis, lo que cabría preguntarse es si es posible encontrar un espacio de diálogo entre un intelectual limeño, obviamente convencido de la infalibilidad de la ciencia, y los Andes, silenciosos e inescrutables respecto de sus expresiones culturales. Para contestar esta interrogante fundamental, puede sernos de utilidad la aplicación de los estudios de Bajtin a la literatura de viajes. Bajtin caracteriza al mundo como «heterógloto» y a la comprensión como dialógica, es decir, como una peculiar yuxtaposición de discursos múltiples.¹¹ La aproximación bajtiniana a la literatura de viajes deja a un lado la tradicional polarización entre el colonizador y el colonizado, que pareciera caracterizar a la narrativa de Pardo, y adopta una postura en la que los lenguajes del uno y el otro colisionan, se intersectan y se remodelan de una manera desigual y ambigua.¹² Quizás el

medio para desentrañar el diálogo de sordos entre Pardo y los Andes sea el análisis del pensamiento nacionalista que aflora en los estudios sobre Jauja. Esto evidenciará que Pardo fuerza su diálogo unilateral con los Andes a partir de su necesidad de articular otro diálogo con un interlocutor silencioso, aunque también omnipresente en su relato: el mundo occidental, al que admira y teme simultáneamente.

Los «Estudios sobre la provincia de Jauja», además de ser analizados como un hito importante en la compleja relación entre la costa y la sierra, deben ser evaluados teniendo en consideración la reelaboración —que el ensayo plantea— de la relación entre el Perú y Occidente. Teniendo como punto de partida el análisis de la ruta comercial de la lana peruana, Pardo esboza en su ensayo una de las críticas más inteligentes y una de las soluciones más prácticas al problema que hoy denominamos como desigualdad en los términos del intercambio comercial. La lana del departamento de Junín era vendida por el hacendado al comerciante extranjero. El precio de esta, de acuerdo con el autor, se recargaba con los costos de flete, prensa y enfardelaje, seguros, gastos generales y comisiones. En Inglaterra, el comerciante la vendía al lavador, y este, con algunos chelines de más, al fabricante, quien la convertía en paño burdo, un producto que luego de pagar fletes, transportes y numerosas comisiones, retornaba al consumidor peruano, principalmente al indio del interior. Era por las consecuencias económicas de la obvia desigualdad entre el centro y la periferia que Pardo proponía la instalación en Jauja de «una fábrica de paños burdos para el consumo del público». La meta era, en sus palabras, producir en el Perú aquello que se recibía «de extrañas y remotas plazas». Utilizando el ejemplo de la ciudad industrial de Cincinnati («con sus relojes de ocho pesos»), Pardo sugería que era posible trasladar ese exitoso modelo a Jauja. Mediante la creación de fábricas de algodón, paños burdos, loza y curtiembres, se promoverían industrias que, por estar al «alcance de las clases populares», colaborarían sin duda con el «bienestar de la población y el progreso de la nación».¹³

El remedio de Pardo frente a los errores cometidos en el Perú por sus sucesivos gobiernos, incapaces de administrar eficientemente la riqueza guanera, no era el «abatirse ni desalentarse». Era aún posible inaugurar un tiempo nuevo y dejar el pasado atrás. En sus palabras, «el Perú sería mil veces feliz» si «con la absolución de su pasado, quedase saldada para siempre la deuda de sus errores». La ecuación tecnología-riqueza peruana era la clave del esquema modernizador propuesto por Pardo. Y es que había que tener «un poco más de fe en la ciencia del siglo XIX» y en «los propios y gigantes elementos» con los que contaba el Perú. Siguiendo esa línea de argumentación, la serranía peruana era la llamada a usufructuar esa tecnología que Occidente desplegaba con orgullo por todo el mundo.

11 Bajtin, Mijail M. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin: University of Texas Press, 1981.

12 Lo que Bajtin releva en la discusión en torno a sus personajes novelísticos son sus experiencias como viajeros. Cuando se atreven a cruzar fronteras culturales en terreno extranjero y son sorprendidos por experiencias imprevisibles, constatan que el lenguaje familiar les resulta inadecuado, lo que deriva en transformaciones de identidad. Para esta discusión, ver Burton, Stacy. «Difference and Convention: Bajtin and the Practice of

Travel Literature». En Barta, Peter I. y otros (eds.). *Carnivalizing Difference: Bakhtin and the Other*. Londres/Nueva York: Routledge, 2001, pp. 225-245.

13 Este punto, aunque sin tener en cuenta la teoría en torno a la literatura de viajes, ha sido desarrollado en Goentenber, Paul. *Imagining Development. Economic Ideas in Peru's "Fictitious Prosperity" of Guano*. Los Ángeles/Berkeley/Londres: University of California Press, 1993, pp. 71-89.

Utilizando la propuesta de Walter Mignolo, es posible estudiar a Manuel Pardo como un «fagocitador» de la tecnología occidental.¹⁴ Dentro de ese contexto, será el ferrocarril inventado por los ingleses el encargado de promover las energías creativas en la periferia de la periferia. En pocas palabras, en vez de ser «arrastrados» por el ferrocarril, Pardo recomendaba a los peruanos que lo tomaran por asalto. La estrategia de apropiación, que solamente era posible por las inmensas riquezas que tenía el Perú, tendría efectos de dimensión nacional. El hecho de conectar el corazón del país con el pulso vital del mundo civilizado, además de «fecundizar y dar vida a elementos de riqueza» en estado «latente y embrionario», constituiría un hecho económico cuyos «resultados y ventajas generales» debían «palparse en toda la república, así en las últimas clases de la sociedad como en las esferas administrativas». En esta visión optimista respecto de los efectos de la tecnología occidental sobre la realidad local, Pardo incluso vislumbraba la competitividad de los productos peruanos en el mercado internacional. Así, una planta de cáñamo de Jauja podía, «por su tamaño y cualidades», competir fácilmente «con las de Rusia o Sajonia».

Pardo era totalmente consciente de los desafíos a los que una provincia frágil como Jauja estaba expuesta en esa aventura en pos de la «libertad material» que la desataría de «las ligaduras con que la inmovilidad la tenía atada». Por ejemplo, el proceso de colonización de tierras con inmigrantes extranjeros exhibía peligros reales que debían ser tomados en cuenta. Pardo evidenciaba sus preocupaciones en torno a lo problemático que resultaba llevar a cabo la cruzada colonizadora con ingleses, alemanes y estadounidenses, inmigrantes «enteramente extraños» al ser del Perú. El hecho más preocupante era que «esa gente de costumbres, de hábitos y hasta de preocupaciones distintas y aun opuestas» a las peruanas estuviera en control de territorios que «el más ligero esfuerzo» podía provocar que se «desprendiesen» del país. Pardo se preguntaba: «¿Cómo se las arreglaría el Perú en sujeta a nuestras leyes y bajo nuestro dominio a una nación extranjera que podría oponer una masa de 15,000 a 20,000 hombres a las pequeñas fuerzas que nuestros disturbios políticos nos permitiesen destacar?». Su percepción del imperialismo —su otro silencioso interlocutor— como una fuerza fecundizadora que el Perú podía utilizar a su favor, pero también como un centro provisto de unas vanguardias agresivas, contra las cuales el Estado peruano debía protegerse, le permitía sugerir al gobierno que no abdicara «ciegamente» en el colonizador extranjero la «soberanía» de la nación peruana.

El tema de la civilización material —especialmente los efectos que la imposición de una tecnología de punta (el ferrocarril), nuevos ritmos de trabajo y una racionalización de la producción tendría sobre un país periférico como el Perú— será tempranamente explorado en los estudios sobre Jauja. La difícil y hasta cierto punto inexistente relación entre la costa y la sierra podía ser reparada, de acuerdo con Pardo, mediante la integración económica. Este hecho devolvería al Perú no solo la fuerza y energía que le hacían falta,

sino aquella unidad perdida que todo viajero como él estaba buscando. Pardo, a la manera de los viajeros científicos, sustenta su visión desarrollista a partir de una apropiación del discurso del progreso promocionado por Occidente. En los estudios sobre Jauja, afloran temas que aparecerán más adelante en su obra de manera más elaborada, como, por ejemplo, la necesidad de fomentar el trabajo productivo con la finalidad de contrarrestar los efectos del modelo patrimonial y dispendioso promovido por el «Estado guanero».¹⁵ El resquemor de Pardo ante los avances del imperialismo en expansión (lo que permite comprender su posterior estatización de las salitreras) es manifestado en su defensa de la «soberanía nacional». En el ámbito cultural, su modelo parte de un discurso hegemónico en el que Lima, a pesar de los defectos que Pardo identifica en sus vanguardias, debe ser el centro de la cruzada civilizadora, de la cual tenían que obtener ventajas todas las provincias. Dentro de su esquema, era posible que un país periférico como el Perú obtuviera beneficios del capitalismo en expansión siempre y cuando realizase cierto tipo de transformaciones, no solo de corte económico, sino también cultural. Así, dichas transformaciones no solo estaban relacionadas con un cambio en los ritmos del trabajo en los Andes, sino también con una nueva manera de concebir el desarrollo.

Según la propuesta de Pardo, la integración del Perú al mundo desarrollado pasaba por una transformación estructural de las mentalidades, la que contemplaba el acercamiento al mundo de la ciencia y el alejamiento del de la especulación filosófica. Y es que de los «cuarenta años de luchas por palabras, y de sangre vertida por ambiciones personales», los peruanos debían extraer al menos una lección: la de volcar su interés a las cuestiones prácticas que favoreciesen el desarrollo material del país. Esto ayudaría a neutralizar los conflictos políticos que, desde la etapa de la independencia, habían desangrado al Perú. La mayoría de los artículos publicados por Pardo en *La Revista de Lima* se mueven en el campo de la discusión de corte científico referida a temas estrictamente prácticos. En un artículo dedicado a Saña, Pardo incluso señalaba que la historia política, aquella encargada de narrar «las luchas interminables de reyezuelos ambiciosos», empezaba a ser desplazada por la historia económica, mucho más conectada a problemas concretos.¹⁶ Esa otra historia —la de «la producción, consumo, número de leguas de caminos, canales de irrigación y de movimientos de buques en sus puertos»— era la que el futuro presidente intentaba rescatar. Por lo anterior, es posible afirmar que a pesar de las dotes literarias de Pardo, heredadas obviamente de su padre, aquel se resistió tercamente a desempeñar el

14 Mignolo, «Occidentalización», pp. 517-518.

15 Para una aproximación a la dinámica política y económica del «Estado guanero», ver Mc Evoy, Carmen. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana, 1871-1919*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997, pp. 23-43; e «Indio y nación: una lectura política de la rebelión de Huancané, 1866-1868». En Mc Evoy, Carmen. *Forjando la nación: Ensayos de historia republicana*. Lima/Sewanee: Instituto Riva-Agüero/The University of the South, 1999, pp. 61-118.

16 Pardo, Manuel. «El partido de Saña o Lambayeque en el siglo pasado (1860)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 136-143.

tradicional rol de válido. Será la experiencia directa con el mundo material, más que su interpretación o validación mediante el universo de las palabras, la que ocupará la atención de una persona que se negó a cumplir la función de «hombre de traje negro» que su padre, durante muchos años, desempeñó.

En el prólogo escrito a las obras completas de su padre, Pardo evidenció la imposibilidad de ser un escritor independiente en Hispanoamérica.¹⁷ Ello debido a la existencia de una literatura carente de autonomía, cuya práctica estaba determinada, esencialmente, por los avatares de la política. El ejemplo más dramático de esta situación era su propio padre, Felipe Pardo y Aliaga, «una existencia sacudida y arrastrada por el vendaval de la revolución». La ausencia de una literatura independiente se debía a «la falta de quietud indispensable para el estudio, la tranquilidad necesaria para el desarrollo de trabajos de largo aliento», y de un público que premiase siquiera «con aplausos» los frutos del trabajo intelectual. Así, el intelectual hispanoamericano vivía «envuelto en el torbellino del movimiento político», que atraía y consumía a toda «inteligencia» descollante. Para Pardo, la ausencia en Hispanoamérica de una literatura nacional estaba estrechamente asociada a la fragilidad de sus estados. En el caso específico de Pardo y Aliaga, su hijo señaló que «las bellas letras americanas hubieran podido esperar» mucho de él si «las necesidades de su época no lo hubieran obligado a sacrificar de preferencia al Dios de la política».

La reacción de Manuel Pardo contra una palabra hueca y débil, por su ausencia de anclaje en la realidad, es entendible si se tiene en consideración la evolución política del Perú luego de la independencia. Una secuencia de guerras civiles, jalonadas de pequeños paréntesis de paz, habían consumido no solo el capital económico, sino la riqueza humana del país.¹⁸ La incapacidad de transformar la «comunidad retórica» —que desde la esfera pública colaboró en la ruptura con España— en una «comunidad política» capaz de articular a los diversos grupos de interés en pugna, provocó la hegemonía de los caudillos militares.¹⁹ La actitud pragmática que traslucen los escritos pardianos, tributarios de los tiempos de profundos cambios económicos en los que vivió el autor, evidencia su reacción contra la esterilidad de los ciclos doctrinarios. Así, dichos textos realizaron una crítica aguda tanto a los liberales como a los conservadores, a los que se les había visto «cambiar

de lenguaje y de bandera» hasta el punto de que era difícil distinguir sus respectivas posturas «con mucha claridad». Un recorrido por la historia peruana mostraba, de acuerdo con Pardo, lo sucedido «desde la época en que cada partido presentaba en sus doctrinas la panacea» de todos los males «hasta los tiempos» en que se palpaba «la realización aterradora» y empezaba a desaparecer entre los peruanos «la esperanza». Partiendo de la constatación de que para la mayoría de aquellos «la Constitución era letra muerta», Pardo se adentrará con paso firme por el territorio de la praxis. Dicho proceso partió de la premisa de que el ser humano debía ser construido de manera consciente y que sus contenidos tenían que ser obtenidos por medio de la experiencia con el mundo material. El camino empirista de Pardo lo llevará no solo a acumular una pequeña fortuna personal como comerciante, sino a participar —desde la Secretaría de Hacienda durante el primer gobierno de Mariano Ignacio Prado, la Beneficencia Pública y la alcaldía de Lima— en el mundo de las realidades concretas y cotidianas del país.

La trayectoria de Manuel Pardo, entre la década de 1860 y la fundación de la Sociedad Independencia Electoral en 1871, puede ser incorporada dentro de la tendencia hacia el asociacionismo que empieza a tomar fuerza en Lima luego de los años de la Anarquía. Su caso puede ser visto como representativo de una sociedad civil que intenta construir espacios alternativos a los tradicionales.²⁰ La fe que tuvo Pardo en el asociacionismo lo llevó a ingresar tempranamente en la Sociedad de Beneficencia de Lima. Allí desempeñó los cargos de inspector de huérfanos en colegios, inspector de la maternidad y posteriormente director. En una década que se caracterizó por un permanente desorden político, guerras internacionales y unas cuantas catástrofes naturales, asociaciones como la Beneficencia de Lima asumieron eficientemente el papel social que el Estado no pudo desempeñar. El hecho de que dicha organización cumpliera, con «orden e irrestricta economía», tareas dirigidas a promover el alivio de la sociedad urbana, especialmente en momentos de catástrofes, significó una lección pública de civismo que Pardo se encargó de relevar tanto en el ensayo dedicado a la Beneficencia que fue publicado en *La Revista de Lima* como en su *Memoria* de 1868.²¹

17 Pardo, Manuel. «Prólogo a las poesías y escritos en prosa de don Felipe Pardo y Aliaga (1865)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 507-526.

18 Una interesante aproximación al período de la Anarquía es la provista por Cristóbal Aljovín de Losada en *Caudillos y constituciones: Perú, 1821-1845*. Lima/México: Instituto Riva-Agüero/Fondo de Cultura Económica, 2000.

19 Para una discusión sobre la «comunidad retórica» que promovió la independencia peruana y el problema inconcluso que esta situación dejó como legado, puede consultarse Mc Evoy, Carmen. «Seríamos excelentes vasallos y nunca ciudadanos: Prensa republicana y cambio social en Lima (1791-1822)». En Guerra Martinière, Margarita y otros (eds.). *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, t. II, pp. 825-862.

20 La vida asociativa de Lima ha sido analizada por Carlos Forment en «La sociedad civil en el Perú del siglo XIX: democrática o disciplinaria». En Sabato, Hilda. *Ciudadanía política y formación de las naciones: Perspectivas históricas de América Latina*. México: Fideicomisario de América Latina, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 202-230. Para la aplicación del asociacionismo como estrategia para la formación de una clase burguesa en Lima, ver Mc Evoy, Carmen. «Familia, fortuna y poder: Una aproximación a un experimento burgués en Lima, 1857-1876». En Mc Evoy, Carmen (ed.). *La experiencia burguesa en el Perú*. Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2002.

21 Pardo, «La Sociedad de Beneficencia de Lima»; y «Memoria presentada como director de la Sociedad de Beneficencia Pública (1868)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 293-362.

Otro espacio asociativo donde Pardo desplegó sus energías fue el Tribunal del Consulado. Desde ahí, se convirtió en promotor de muchas asociaciones mercantiles. Es justamente durante los años en los que Pardo sirvió en el Tribunal, primero como prior y luego como cónsul, que aparecieron las asociaciones anónimas en el país. Su establecimiento y rápida propagación, y el ensanche que ellas dieron al crédito, a la industria y a la riqueza nacional, están relacionados al apoyo que Pardo les proveyó desde el Tribunal. En 1862, ya consolidado económicamente, Pardo —en sociedad con Clemente Ortiz de Villate, Felipe Gordillo (ambos compañeros de gestión en el Tribunal del Consulado), José Canevaro, Carlos Delgado Moreno y Felipe Barreda— accedió a la consignación del guano en Inglaterra. Este contrato, que se suscribió el 28 de enero de 1863, tuvo una duración de ocho años. Lo interesante de este modelo de sociedad comercial es que el público debía ser invitado a tomar parte en el negocio mediante acciones por valor de dos millones de pesos, a razón de mil pesos por acción. El corolario de la asociación anterior fue la fundación de una entidad financiera sumamente importante. El 23 de mayo de 1863, junto con Felipe Barreda, José Canevaro, Felipe Gordillo, José Sevilla, Miceno Espantoso, Emilio Althaus, Pedro Denegri y la Casa Thomas Lachambre y Cía., Pardo fundó el Banco Perú.

La participación de Manuel Pardo en la Secretaría de Hacienda del primer gobierno de Prado fue, en opinión de muchos, el inicio de su fulgurante carrera política. La hacienda que recibió, en vísperas de la guerra contra España, se encontraba, en sus palabras, «en una crisis que por sí sola hubiera sido suficiente para dar en tierra la riqueza nacional, para esparcir ruina y miseria en todas las clases de la sociedad, para comprometer de una manera muy seria las relaciones del Perú con las otras naciones» y, finalmente, para sumirlo «en un período de desorden y convulsiones, cuyo término era muy difícil preveer». Para enfrentar una crisis de características estructurales, el joven secretario de Hacienda diseñó una de las reformas más radicales del sistema financiero peruano. Las dos mayores tareas con las que se enfrentó Pardo fueron la necesidad de equilibrar el presupuesto de la nación y la de crear rentas independientes a las producidas por el guano. En pocas palabras, Pardo apuntaba a la formación de una hacienda pública autónoma de las fluctuaciones de la economía guanera.²²

El flamante secretario emprendió, asimismo, la organización de las oficinas de hacienda teniendo en consideración la amovilidad de los empleados, como condición fundamental para la creación de una carrera profesional; el ascenso por orden de mérito, como garantía precisa de la calidad de la burocracia hacendaria; y la necesidad de la propuesta de los jefes para la promoción de los subalternos, como condición de justicia y de acierto en la provisión de los empleos. Dentro del esquema organizativo en hacienda, Pardo instituye la cuenta general de la república, uno de los instrumentos más importantes para la implementación

22. Un análisis detenido de la gestión de Pardo en la Secretaría de Hacienda aparece en Mc Evoy, Carmen. *Un proyecto nacional en el siglo XIX: Manuel Pardo y su visión del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994, pp. 54-63.

de un sistema hacendario moderno. La reforma de los contratos guaneros, que le significó un enfrentamiento abierto con los capitalistas extranjeros, arregló sus estipulaciones de tal manera que, como consecuencia de las rebajas obtenidas en las emisiones, depósitos y fletes, aumentó de tres a siete soles el producto de cada tonelada, alcanzándose, así, una diferencia favorable en las rentas nacionales de cerca de dos millones de soles cada año.

Una de las tareas que Pardo se propuso en su breve paso por la Secretaría de Hacienda, y que tiene que ver con su esquema desarrollado en los estudios sobre Jauja, fue la creación de un sistema de contribuciones basado en la producción interna del país. La difícil situación económica por la que atravesaba el Perú requería de un viraje en su manejo económico. En una carta publicada en *El Comercio* el 27 de junio de 1867, Pardo hizo un balance de las causas que habían llevado al Perú al colapso económico. Al profundizar en los que él denominó como «las causas primitivas», puso en evidencia el incremento del presupuesto nacional, el que para inicios de la década de 1860 bordeaba la suma de 16.469.018 pesos. A partir de 1862, la situación presupuestaria empezó a deteriorarse. La guerra civil de 1864-1865 agudizó el desequilibrio fiscal. En ese contexto, Pardo resumía la situación de la siguiente manera: productos del guano de año y medio absorbidos anticipadamente y un presupuesto de gastos que, desde 1860, se había venido saldando con un déficit, financiado a su vez con préstamos externos. Al penetrar lo que denominó como las «causas madres» de la quiebra del equilibrio fiscal, el secretario enumeraba la revolución de 1854, que había duplicado las clases militares; la guerra contra el Ecuador, que originó el anticipo, en 1860, de los productos del guano del período 1861-1862 e institucionalizó el mecanismo de descontar rentas futuras para los gastos cotidianos del país; y la guerra con España, que forzó a buscar nuevos anticipos. Una segunda revolución, la restauradora, liderada por Mariano Ignacio Prado, llevó a otra duplicación de la lista militar.

Dentro de la nueva política tributaria, montada desde la Secretaría de Hacienda con la finalidad de que el país viviera mientras se amortizaba la deuda externa, la propuesta más importante fue la articulación de un paquete tributario integral. En el mismo, se contemplaba la creación de impuestos sobre la propiedad territorial (rústica y urbana); sobre el movimiento de capitales; sobre el trabajo y la riqueza industrial; sobre las grandes industrias (agrícola, pecuaria y salitrera); sobre la exportación al extranjero (algodón, azúcar, tabaco, arroz, plata y salitre); y sobre los aguardientes en el lugar de consumo. La peculiar organización de la sociedad peruana —«acostumbrada», según Pardo, «por dieciséis años de imprevisión a no contribuir a los gastos de [la] administración pública y a vivir, por el contrario, de los recursos fiscales, haciendo del fisco la fuente y no el resultado de la riqueza pública»— determinó el tipo de reacción mostrada contra la reforma tributaria. Cada impuesto tenía un círculo especial de opositores. En una carta enviada a José Antonio de Lavalle luego de su renuncia a la Secretaría de Hacienda, Pardo le puso en evidencia el difícil año que le había tocado vivir, «chocando con toda clase de intereses y con toda clase de personas», con cada miembro de la sociedad, de quienes había tenido

que «defender a la sociedad misma». Ante la insistencia del presidente Prado para que no renunciase, Pardo observó la necesidad de despersonalizar las reformas, ya que un paquete tributario como el que se había implantado en el ramo de hacienda «necesitaba que la opinión pública lo comprendiera y lo sostuviera».²³

Luego de su alejamiento de la Secretaría de Hacienda y de ser testigo de la desactivación, por parte del Congreso, de todas sus reformas económicas, Pardo retornó a la actividad privada. Su regreso a la vida pública estaría marcado por la llegada a Lima de la peste de fiebre amarilla. En marzo de 1868, fecha de aparición de la peste, Pardo se vio requerido de ejercer el cargo de director de la Sociedad de Beneficencia, para el que había sido elegido un año antes. En su *Memoria* publicada en diciembre de 1868, puso en evidencia, entre otras cosas, el poder de las asociaciones civiles. Luego de mostrar que su administración dejó un superávit de 61.358,4 pesos a pesar de tener que lidiar con la peste de fiebre amarilla, Pardo criticó abiertamente la actitud indolente del gobierno de José Balta. Así, a pesar de ser prevenido en torno a los peligros de una terrible enfermedad que le significó a Lima la pérdida de 4445 personas —la mitad de ellos niños—, el gobierno no prestó el tipo de cooperación que la Sociedad de Beneficencia le solicitó. La enfermedad, que se propagó con una rapidez sorprendente y «en importante progresión a todas las clases de la sociedad» —incluido el hijo pequeño de Pardo, quien falleció luego de ser contagiado—, no pudo ser detenida debido al colapso de la infraestructura sanitaria de la ciudad. La principal medida implementada por la Beneficencia, la de aislar a los enfermos en un lazareto para evitar que «contagiaran en gran escala» a toda Lima, no recibió el apoyo del gobierno, que se negó a facilitarle a la Sociedad el uso de un local público en Barbones, el que, de acuerdo con Pardo, hubiera podido «habilitarse instantáneamente ahorrando víctimas y sobresaltos».²⁴

La respuesta ambivalente del gobierno, que decidió iniciar la construcción de otro lazareto cuando el ritmo de muertes alcanzaba en Lima la cifra de 109 personas diarias, tuvo su contraparte en el asociacionismo vigoroso que Pardo se encargó de evidenciar en su *Memoria*. Así, el director mostró públicamente su satisfacción por «la conducta de todas las personas designadas» por la Sociedad de Beneficencia «para la inspección, administración y servicio de cada uno de los establecimientos, que por su naturaleza debían de servir como un verdadero campo de batalla día por día a los estragos de la peste». Estas batallas de la sociedad civil, que evidenciaban la solidaridad y el sacrificio de sus asociados en bien de los vecinos de la capital, eran una prueba, según Pardo, de que en el pueblo peruano aún se conservaban los «sentimientos nobles» y que aquel respondía presuroso cuando a ellos se apelaba. El tema de la importancia de la sociedad civil y el papel que debía cumplir en las batallas cotidianas en favor de la civilización y de la vida fue puesto de manifiesto, una vez más, en el discurso que pronunció Manuel Amunátegui en un

homenaje tributado a Pardo. Ahí, el fundador de *El Comercio* comparó al director de la Beneficencia con un guerrero del progreso, el que ganaba batallas en «las pacíficas y heroicas luchas de la caridad».²⁵

Dos meses después de haber dejado la dirección de la Sociedad de Beneficencia y teniendo en consideración sus servicios prestados durante la peste, Manuel Pardo fue convocado por el gobierno de Balta para que se pusiese al frente de los intereses municipales de Lima, los que, por no existir una municipalidad legalmente elegida, habían quedado en acefalía. En junio de 1869, bajo la sugerencia de Pardo, se creó la Corporación Municipal. Persuadido el alcalde de facto de que solo en cuerpos numerosos se podían encontrar a las personas idóneas para desempeñar los diversos cargos, propuso la creación de un consejo comunal, el que estuvo conformado por ciudadanos de todas las profesiones, desde el banquero hasta el artesano, desde profesores universitarios hasta agricultores. En el discurso de inauguración de su mandato, Pardo expuso —por primera vez en la historia de la Municipalidad de Lima— un programa de acción local, el que consistía de tres puntos claves para el desarrollo de la ciudad: la creación de rentas propias para el concejo, la fundación de escuelas municipales y la limpieza y embellecimiento de la capital peruana. La urbe, que estaba creciendo a pasos agigantados, había sido abandonada —salvo en la gestión de José Bresiani— por los gobiernos de turno. Para lograr su meta, el alcalde buscó dotar al municipio de autonomía económica, y por ello gestionó un empréstito de cien mil soles. Sin embargo, más allá de la puesta en marcha de las obras materiales, que siempre le interesaron, es importante resaltar el aprendizaje acelerado que Pardo y el grupo de cien personas que lo acompañaron en su gestión tuvieron sobre el autogobierno y sobre el papel que en el mismo debía cumplir la sociedad civil. La municipalidad, pequeño escenario del poder local, fue el tubo de ensayo para poner en práctica muchas de las nociones que sobre sociabilidad urbana se habían venido discutiendo en la esfera pública limeña.²⁶

La renovación en la década de 1860 de la tradición municipal, interrumpida por la política caudillista, fue una de las plataformas sobre las que se sostuvo la corporación dirigida por Pardo.²⁷ La otra base para el fortalecimiento del poder civil fue el asociacionismo, que había venido creciendo silenciosamente a pesar de las luchas facciosas y la crisis económica.²⁸ La supresión de la política municipal por parte de Simón Bolívar primero y de Agustín Gamarra después, derivó en la pérdida efectiva de poder de las élites urbanas. Cabe recordar que el funcionamiento del binomio ciudad-nación demandaba del buen estado de la organización municipal. La revitalización de la actividad municipal a partir

25 *El Comercio*, 3 de octubre de 1871.

26 Mc Evoy, *Un proyecto nacional*, pp. 69-73.

27 Para un excelente análisis sobre este punto, ver Planas, Pedro. *La descentralización en el Perú republicano (1821-1998)*. Lima: Municipalidad de Lima, 1998, pp. 171-189.

28 Un notable ejemplo de esta tendencia es el trabajo de González Vigil, Francisco de Paula. *Importancia de las asociaciones, 1858*. Lima: Biblioteca del Pensamiento Peruano, 1948.

23 Archivo Manuel Pardo, Carta de Manuel Pardo a José Antonio de Lavalle, 15 de octubre de 1866.

24 Mc Evoy, *Un proyecto nacional*, pp. 65-69.

de la revolución liberal de 1854 y su reimposición a fines de la década de 1860 significaron el rescate de la tradición de la independencia, que estaba ligada al cabildo.²⁹ Como se encargó de recordarlo en su *Memoria*, Pardo promovió trabajos de edificación urbana durante su paso por la Municipalidad de Lima. Los mismos significaron la extensión de la ciudad hacia las zonas suburbanas, el embellecimiento de las calles como espacios de desarrollo de una nueva civilidad, la civilización de los intercambios (remodelación del mercado de abastos) y la reorganización de los espacios urbanos con la finalidad de convertirlos en cuna de nuevas pertenencias.³⁰ En un contexto en el que las élites urbanas percibían al poder municipal y a la instrucción pública como pilares del edificio republicano,³¹ la promoción de fiestas cívicas para «educar los sentimientos del pueblo» o la inauguración de la Exposición Industrial Nacional, la que celebró los frutos del trabajo y del orden, apuntaron a la creación de una sociabilidad urbana capaz de oponerse al predominio de la temida «barbarie».³²

La tarea civilizadora en la que se embarcaron las élites urbanas no se circunscribió solamente a los usos y a las costumbres. En 1869, la inauguración de la Exposición Industrial Nacional mostró cómo Lima buscó erigirse en el soporte de la producción y de la memoria nacional. La convocatoria, por parte de la municipalidad, a una exposición industrial surgió con el objeto de «abrir la competencia entre todos los artesanos y productores» y para «dar a conocer al país las fuerzas y progresos de la industria». En el discurso de inauguración de dicho evento, programado coincidentemente para el 29 de julio de 1869, Pardo hizo referencia al completo olvido en el que había estado el movimiento industrial en el Perú. Las causas eran las permanentes luchas políticas y la indiferencia hacia los trabajos de paz. Era necesario, por ello, reemplazar dicho movimiento y unir a los círculos sociales «en un sentimiento unánime, aglomerando a la vista del pueblo los ignorados y dispersos resultados del trabajo industrial». Una exposición de lo que se hacía y el «prospecto» de lo que se podía hacer avivarían forzosamente la «esperanza» en «los corazones» y

29 Para la conexión entre municipalismo e independencia, ver Delgado, Ángel. «Administración del territorio y municipalismo en la iniciación de la república». En VV.AA. *Temas municipales*. Lima: Gaceta Jurídica Editores, 1997, pp. 253-313.

30 Manuel Pardo presentó una primera *Memoria* al iniciar su gestión como alcalde el 21 de abril de 1869. Los cuatro puntos a los que se abocaría su gestión eran a) la salubridad de la población, b) la comodidad del tráfico, c) la instrucción primaria y d) el estímulo de la clase obrera. Ver Dulanto Pinillos, Jorge. «Manuel Pardo». En *Centenario de Manuel Pardo, 1834-1934*. Lima: Imprenta Gil, 1935, pp. 173-174.

31 Para la conexión entre municipalismo y republicanismo en Francia, ver Hazareesingh, Sudhir. «Neo-Kantian Moralism and Activism: Jules Barni and the Establishment of the Municipalist Republic». En Hazareesingh, Sudhir. *Intellectual Founders of the Republic: Five Studies in Nineteenth-Century French Republican Political Thought*. Nueva York/Londres: Oxford University Press, 2001, pp. 227-280.

32 Para la emergencia de «la barbarie» como tópico de discusión y como un problema social, ver Mc Evoy, Carmen. «Civilizando calles, formando ciudadanos». En Mc Evoy, *Forjando la nación*, pp. 169-185. Para un interesante análisis en torno a la importancia de las ciudades en el proceso de creación de la ciudadanía, ver Holston, James (ed.). *Cities and Citizenships*. Durham: Duke University Press, 1999.

enseñarían a los peruanos, en «los resultados de los esfuerzos de todos, el aprecio debido al esfuerzo de cada uno».³³

El evento atrajo a medio millar de expositores a Lima, permitiendo reunir y admirar la riqueza y diversidad de la producción nacional. Así, en productos como la bellota de algodón, el vino de la costa, los tejidos de lana de las punas, el salitre de Tarapacá, el azúcar, la cochinilla y la seda; y en actividades como la joyería, la ebanistería, el arte del dorador y el bordador, la zapatería, la encuadernación, los tejidos de paja y los materiales de construcción, Pardo avizoró el surgimiento de industrias que, aunque incipientes, encerraban «el porvenir del país». El descubrimiento público de ese «Perú desconocido», desplazado por el monopolio económico ejercido por la explotación guanera, y al cual la municipalidad le proveyó de un espacio para desplegar sus logros, colocó sobre el tapete una discusión en torno a la magnitud de las transformaciones económicas ocurridas durante los años de la «prosperidad falaz».³⁴ Y es que esos centenares de «hombres de trabajo», a los que se dirigió Pardo en su discurso de inauguración, además de exhibir la autonomía y la dignidad que pasaban por su independencia económica, eran, por su moralidad asociada con el trabajo honrado, prueba tangible del «milagro de la civilización».³⁵

El trabajo productivo, con su función civilizadora y moralizadora, será un tema constante en el pensamiento de Pardo. En el ensayo que con ocasión de la rebelión de Huancané publicó en 1867, puso en evidencia los graves síntomas de una «enfermedad social» en el sur andino.³⁶ Caracterizada por la decadencia económica, dicha enfermedad tenía como origen fundamental la disminución del trabajo. La cultura instaurada en las provincias a partir de la abolición del tributo era descrita en el ensayo como renuente al trabajo y carente de educación, lo que no podía producir otra cosa que «el aumento de la ignorancia, el amor al ocio y el retroceso progresivo hasta llegar a la barbarie». El corolario de esta situación era «la explotación violenta de los mismos individuos de la comunidad como industria principal». Sin instrucción ni rentas propias, y sin un sistema administrativo capaz de aumentar su riqueza y promover el *self government*, todas las provincias peruanas estaban condenadas, según Pardo, al retroceso y a la disolución social. A partir del análisis anterior, cabría detenerse por un momento y hacerse la siguiente pregunta: ¿Existía por esos años en Lima alguna tradición sobre el trabajo a la cual el escritor limeño intenta incorporarse o es que la misma estará influenciada por una lectura liberal de la problemática económica del país?

33 Una descripción del evento y un acercamiento a las ideas esbozadas por Pardo en su discurso aparecen en *El Comercio*, 28 y 29 de julio de 1869.

34 Para una detenida evaluación de dichas transformaciones, ver Gootenberg, *Imagining Development*.

35 *El Comercio*, 3 de octubre de 1871.

36 Pardo, Manuel. «Algunas cuestiones sociales con motivo de los disturbios de Huancané. Al soberano Congreso (1867)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 365-378.

De acuerdo con Locke, la esencia de la humanidad es su obligación de trabajar. En sus orígenes, el liberalismo es una ideología que celebra el trabajo, atribuyéndole virtud a la gente industriosa y diligente y condenando como corruptos a los aristócratas privilegiados. Esta ideología económica y social del liberalismo, que tiene como eje al trabajo y que ha sido relevada por Isaac Kramnick,³⁷ es a la que Pardo se adscribe. La idea de conectar trabajo y republicanismo y oponer este binomio al ocio no era, sin embargo, una novedad en Lima. La misma había sido discutida por los intelectuales peruanos desde los años del Mercurio Peruano,³⁸ aflorando con fuerza en cada crisis económica del siglo XIX.³⁹ En 1852, el liberal arequipeño José Simeón Tejeda esbozó la conexión entre republicanismo y trabajo cuando afirmó que el ejército que valía en una república era el de «la totalidad de sus hombres ocupados». En 1856, uno de los futuros fundadores del civilismo, Juan Espinosa, definió al trabajo como una bendición, «el origen de todos los conocimientos humanos, de toda prosperidad», lo único capaz de hacer vivir al hombre «en paz y contento». En su diccionario republicano, Espinosa recordaba el hecho de que el peso económico de la nación descansaba sobre los hombros de las clases trabajadoras, las que no eran totalmente conscientes de su verdadero poder político.⁴⁰

El aporte de Kramnick a la discusión sobre los orígenes de la burguesía inglesa es el habernos recordado un aspecto poco estudiado del liberalismo: su renovada perspectiva frente al ocio y al trabajo; en especial, lo que este cambio mental significó en el futuro diseño político de la sociedad. Si analizamos el sustento ideológico que subyace a la organización de la Exposición Industrial Nacional de 1869, observaremos que en esta los logros personales de los «productores nacionales» empiezan a ser medidos en términos de éxito económico. Así, la exposición, promocionada por la Municipalidad de Lima, será una celebración pública de los logros del trabajador independiente, quien puede, a partir de su actividad productiva, convertirse en el amo de su propio destino, hecho que lo libera de la influencia de la historia, la tradición, el nacimiento e incluso de los errores de los gobiernos de turno. Dentro de ese contexto, que apunta a un profundo cambio de mentalidades, los hombres de trabajo poseen la oportunidad de determinar su lugar en el mundo mediante un accionar voluntario. Cabe recordar que de acuerdo con el credo liberal, que es una de las claves ideológicas del discurso de Pardo, lo que se hace en el mundo debe ser entendido a partir del accionar económico, es decir, en términos de trabajo. En el mundo del trabajo, cada uno es su propio autor. Una autoría que no pasa por una experiencia estéril en el universo de las doctrinas huecas, como aquellas criticadas por Pardo en el prólogo a las obras

37 Kramnick, Isaac. *Republicanism and Bourgeois Radicalism: Political Ideology in Late Eighteenth Century England and America*. Ithaca/Londres: Cornell University Press, 1990.

38 Mc Evoy, «Seríamos excelentes vasallos».

39 Gootenberg, *Imagining Development*.

40 Espinosa, Juan. *Diccionario republicano para el pueblo*. Edición y estudio preliminar de Carmen Mc Evoy. Lima/Sewanee: Instituto Riva-Agüero/The University of the South, 2001, pp. 159-163 y 639.

de su padre, sino por una participación activa en el campo de las realidades económicas. La individualidad se convierte, así, en una cualidad, siendo el trabajo su examen concreto y la propiedad, que de él se deriva, una extensión material del ser.

El permanente interés de Pardo por el tema del trabajo, tópico sobre el que escribió un ensayo hoy lamentablemente extraviado, puede entenderse mediante otra clave ideológica. Esta es su asimilación —vía Michel Chevalier— de la propuesta política esbozada por Henri de Saint Simon. Para este autor, la política debía ser la ciencia del desarrollo de la producción, que era la base de la sociedad y la única solución a sus problemas. Según la propuesta de Saint Simon, el Estado debía abandonar sus alianzas con militares y legalistas y el poder debía ser entregado a los industriales, es decir, a los propietarios, obreros y campesinos.⁴¹ Es justamente este tipo de actor, «el productor independiente», el que a partir de la década de 1870 empezará a competir en Lima y en las provincias por un poder político que, a pesar de sus méritos, le había sido negado. Y es que para poner en funcionamiento la «política republicana», era necesario, de acuerdo con Pardo, «que los pueblos» pesasen «con su propia opinión y con su propia iniciativa en la balanza de sus destinos». Siguiendo con nuestro argumento en torno al nuevo esquema mental propuesto por el liberalismo, es importante recordar que para el mismo la posesión o ausencia de bienes no debía estar sancionada por un consenso moral, sino por el accionar libre de los nuevos actores sociales dentro de un espacio de competición continua. En un contexto en el que la competencia en la sociedad de mercado debía ser, teóricamente, trasladada a la esfera de la política, es posible entender el trascendental paso dado por Manuel Pardo en 1871. Este fue el colaborar en la articulación de una nueva asociación, esta vez de corte político, cuya meta fue competir en un mercado electoral tradicionalmente controlado por el Ejecutivo.

La Sociedad Independencia Electoral, asociación política fundada el 24 de abril de 1871 por 114 notables de Lima y provincias,⁴² se constituyó en el centro neurálgico del activismo electoral que inauguró esa década. Se trataba de un asociacionismo político que buscaba defender, en palabras de los miembros de su junta central, «la libertad del sufragio sin los artificios de la intriga y sin las coacciones del poder». Las metas de la Sociedad, que aparecieron en las bases de su reglamento, fueron «asegurar y facilitar el libre ejercicio del sufragio», procurando el triunfo de su candidato Manuel Pardo en las elecciones presidenciales de 1872, y promover «en toda la extensión de la república la unión de los hombres independientes» para que «participasen en sus opiniones políticas».⁴³ En su mensaje de aceptación a la nominación como candidato, Pardo subrayó que muchos de los miembros de la flamante asociación habían permanecido «perdidos» «en la soledad de

41 Para una aproximación a la ideología de Saint Simon, ver Markham, F. *Henri Comte de Saint Simon (1760-1825): Selected Writings*. Oxford, 1952; y Ionescu, Ghita (ed.). *The Political Thought of Saint Simon*. Londres/Nueva York: Oxford University Press, 1976.

42 Una lista completa de los 114 notables aparece en Mc Evoy, *Un proyecto nacional*, pp. 307-334.

43 *Bases para el reglamento de la Sociedad Independencia Electoral*. Lima, 1871.

sus hogares» o «absorbidos por el trabajo», dejando «abandonada a la ventura» la formación de los poderes públicos, los que, debido a su fragilidad estructural, se habían encontrado «al día siguiente de constituidos» como «un edificio sin cimientos». La campaña electoral de 1871-1872 significó una lucha frontal entre los nuevos actores sociales, aquellos hijos de la «prosperidad falaz» a los que Pardo intentó darles un rostro y una identidad en su discurso en la municipalidad, y los antiguos detentadores del poder. Así, el significado del civilismo y de su construcción ideológica —la «república práctica-república de la verdad»— reside en la habilidad que tuvieron Pardo y sus seguidores de conectarse con los cambios socioeconómicos ocurridos en el país. La metodología e ideología que emerge en la década de 1870 tuvo por finalidad transformar la comunidad retórica de la república de las letras, cuyo fracaso derivó en la hegemonía de los caudillos, en una comunidad política conformada por los nuevos grupos de interés surgidos durante el *boom* guanero. Estos apuntaron a anclar a la república en el mundo de las realidades materiales.

A inicios de la década de 1870, las prácticas políticas en el Perú se redefinieron a partir de la recreación de un símbolo profundamente anclado en el imaginario colectivo nacional: la realización de la república. La situación anterior fue factible debido al inocultable deterioro del modelo político-económico castillista. Este modelo, al impulsar la articulación del país al capitalismo internacional, promovió tres fenómenos simultáneos: la desintegración de las bases económicas de la incipiente clase trabajadora, el desborde de la plebe y la aparición en el escenario político peruano de una élite económica básicamente agraria-comercial. Esta élite, que podríamos caracterizar como una emergente burguesía nacional, se mostró dispuesta —y en cierta manera forzada— a construir una legitimidad afín con las nuevas realidades socioeconómicas que el país enfrentaba. Para lograrlo, se sirvió de una ideología cohesionadora: el republicanismo. Este mostró ser eficiente en atraer al seno de una coalición multiclasista y multipartidaria a los frágiles sectores medios, que pugnaban por hacerse de un espacio social y político y defender una posición económica seriamente amenazada por la crisis del modelo guanero.⁴⁴ El proceso anterior significó un cambio en las coordenadas políticas tradicionales. Dentro de un nuevo diseño político, en el que Lima asumió un liderazgo de corte nacional, Pardo enfatizaba que era necesario arrancar a dicha urbe de «las podridas redes» que le habían impedido «hacer pesar su legítimo voto en la balanza de los destinos del Perú».

Si revisamos la lista de los 114 notables que firmaron el acta de fundación de la Sociedad Independencia Electoral, junto con la correspondencia política de Pardo en la campaña 1871-1872, descubriremos el perfil social de las nuevas fuerzas que el político limeño representó. Entre los participantes en la reunión política en casa del abogado José Antonio García y García, aparecen los nombres de personajes ligados a la esfera de la producción: Demetrio Olavegoya, el ganadero más importante de la sierra central; Calixto Garmen-

44 Mc Evoy, *Forjando la nación*, pp. 228-239.

dia, innovador industrial cuzqueño; Manuel Costas, hacendado y exportador lanero de Puno; José de la Riva-Agüero y Riglos, banquero y transportista limeño; Elías Mujica, agente de aduana en el Callao, entre otros. Junto con ellos, había un número importante de abogados, profesores, ingenieros y médicos, como Felipe Arancibia, Celso Bambarén, Luis Carranza, Agustín Chacaltana, Juan Elmore y José Simeón Tejeda. Algunos de ellos, como Tejeda y Bambarén, exhibían el antecedente político de haber participado en la Convención Liberal de 1855.

El sector artesanal, con el cual el civilismo estrechó tempranamente sus vínculos, estuvo representado en la reunión del 24 de abril por el presidente de la Sociedad de Auxilios Mutuos, Ignacio Albán. Junto con él, firmaron como adherentes a la Sociedad Independencia Electoral José Zavalaga, maestro carpintero; Juan Pajuelo, maestro tapicero; José Ríos, albañil; José Bustamante, joyero; Manuel María Morales, platero; Nicolás Ballesteros, sastre; y Enrique del Campo, tipógrafo. Desde el mundo de la prensa, personas de la talla de Manuel Amunátegui, director de *El Comercio*; José Ayarza, redactor, periodista y administrador de la Sociedad Tipográfica; Agustín Reynaldo Chacaltana, redactor de *El Nacional*; y el periodista Paulino Fuentes Castro apoyaron la candidatura civil. Es probable que la fundación de la Sociedad Independencia Electoral hubiera pasado como una estrategia política de notables limeños, obviamente modernizada debido a la incorporación de artesanos y de profesionales medios, a no ser por las reuniones populares que sucedieron al evento del 24 de de abril. El 2 de mayo, seiscientas personas (mayormente artesanos y jornaleros) se congregaron en el teatro Odeón; el 9 de julio, miles de concurrentes a los baños de Piedra Liza se adhirieron también a la candidatura de Pardo; y el 6 de agosto, en el que fue el primer mitin masivo que conoció Lima, doce mil personas desfilaron por las calles de la capital con dirección a una reunión partidaria en la plaza de Acho.

En 1871, una activa política republicana de corte nacional surgió en el Perú. La misma, enmarcada en el contexto de la crisis social, política, económica y moral provocada por el derrumbe del modelo guanero, y articulada por la Sociedad Independencia Electoral, germen de lo que fue posteriormente el Partido Civil, permitió aglutinar los intereses de las élites económicas e intelectuales limeñas y provincianas con los de los sectores medios urbanos, especialmente artesanales y magisteriales. En el marco del peculiar proceso anterior, el republicanismo civilista se constituyó en el régimen de autenticidad que posibilitó una intensa movilización política.⁴⁵ En la misma, participaron activamente algunas mujeres, así como indios propietarios. La construcción de la maquinaria política civilista, tema que he analizado en mi artículo «Estampillas y votos»,⁴⁶ tendió puentes entre Lima y las

45 La hegemonía del tiempo lineal, que acompaña al impulso del capitalismo, necesita la permanente constitución de un sujeto histórico que sea inmutable, un régimen de autenticidad que, como la república, pueda colocarse fuera del tiempo. Para esta discusión, ver Mc Evoy, *Forjando la nación*, pp. 192-196.

46 Mc Evoy, Carmen. «Estampillas y votos: El rol del correo político en una campaña electoral decimonónica». En Mc Evoy, *Forjando la nación*, pp. 119-168.

provincias. La copiosa correspondencia de Pardo con articuladores de la política provincial —como Bernabé Altuna (Trujillo y Cajamarca), José María Aza (Jauja), Manuel Benavides (Arequipa) y Francisco Peredo (Tacna), entre otros—, e incluso sus vínculos con importantes «cabecillas de masas», como Hermógenes Vera o Hipólita Castillo, muestran las dimensiones nacionales y populares de la campaña electoral de 1871-1872. Esta empezó a mostrar una dinámica propia en la medida de que los notables fueron desbordados por los promotores de una «política de masas» cuyos orígenes pueden rastrearse hasta los años de la independencia.

Un ejemplo del germinal proceso de democratización en la toma de decisiones partidarias, que muestra el tipo de tensión social que aparece en la campaña electoral de 1871-1872, ocurrió en Arequipa, uno de los lugares donde el activismo de los bandos en pugna fue sumamente intenso. En esta ciudad, el encargado de promover la candidatura de Pardo fue Juan Mariano de Goyeneche, un notable ligado a antiguas familias coloniales. Sin embargo, al leer la correspondencia de Pardo con otros políticos arequipeños que intervienen en la campaña, se nota un resentimiento de estos con Goyeneche, al que se le acusa de elitista y de no querer mezclarse con «la gente de acción». La crítica persistente contra un Goyeneche alejado de las masas —«verdaderas gestoras de los triunfos»— es una muestra del sutil conflicto entre política de notables y política popular que ocurrió en la campaña presidencial de 1871-1872. La presión que los activistas políticos ejercieron contra Goyeneche, a quien obligaron a asistir —contra su voluntad— a un funeral de un líder popular muerto en campaña, muestra el interesante y difícil diálogo entre el ciudadano y la plebe que la campaña electoral provocó. Y es que a pesar de que el nuevo credo de orden, decencia, disciplina y trabajo tomó cuerpo en los frágiles sectores medios urbanos, que veían amenazada su posición entre los «decentes» a medida que la crisis económica arreciaba, aquello no impidió que la dirigencia recurriera a las «plebes asalariadas» para desempeñar las actividades más prosaicas de la campaña electoral. El mercenarismo y su correlato inmediato, la movilización de «las plebes», no solo adquirieron proporciones trigonométricas debido al dinero que circuló profusamente durante los catorce meses de la campaña,⁴⁷ sino que obligaron al gobierno, en virtud de la incontrolable violencia callejera, a esgrimir la amenaza de suspender el proceso electoral.

La construcción por parte de la Sociedad Independencia Electoral de una maquinaria política con bases de apoyo en la mayoría de los departamentos del país, sustentada en un eficiente sistema de comunicación y propaganda, implicó básicamente un proceso de reformulación de la ciudadanía en el ámbito nacional. Mediante esta novedosa reformulación, amparada en una ambigua ley electoral,⁴⁸ se buscó implantar todo un modelo de asociación

47 Ib., pp. 147-148.

48 Me refiero a la ley electoral de 1860, que por su indefinición y poca claridad permitía un amplio universo de votantes. Aquella estipulaba que el voto era obligatorio «para los ciudadanos casados o mayores de 21 años que sepan leer o escribir, o sean jefes de taller, o tengan alguna propiedad raíz, o paguen al tesoro público

política, en el cual la delimitación de lo privado y lo público, el establecimiento de ideales morales con pretensiones hegemónicas y la apropiación y acumulación de tradiciones, lealtades y recursos de cultura cívica resultaron piezas fundamentales. El proyecto civilista apuntó a crear un nuevo pacto social o «coalición republicana», que incluía, bajo la bandera de referentes y relatos colectivos, a los sectores «decentes» nacionales. Estos debieron ser convencidos, mediante una activa propaganda, de que su participación política era fundamental en la construcción de la república. Así, la moral privada de artesanos, propietarios e intelectuales se irradió sobre la esfera pública de la política. Dicho proceso de moralización posibilitaría, según Pardo, la transmutación de la ficción republicana en realidad.⁴⁹

La decencia a la que se refería el discurso civil estaba conectada con ciertas características específicas que debía exhibir el ciudadano republicano. La confluencia en el reinventado republicanismo peruano de nociones tales como disciplina, orden, autocontrol y educación con una fundamental, la de laboriosidad, posibilitó la creación de un modelo de ciudadano capaz de enfrentar no solo a la opción política autoritaria del gobierno, sino a la «barbarie» de las turbas de las que aquel se había servido tradicionalmente. Por otro lado, la posibilidad de acceder al sitio de los «decentes» proveyó a los artesanos del espacio social por el que habían venido luchando durante varias décadas.⁵⁰

Si bien es cierto que la noción de ciudadanía forjada por el civilismo no adquirió los rasgos radicales de la prédica del chileno Francisco Bilbao, que conectaba ciudadanía con propiedad, la reformulación republicana peruana exhibió características significativas que la remitían a una suerte de «república del trabajo».⁵¹ De esta manera, el civilismo no solo dio una dimensión económica al concepto de ciudadanía —la laboriosidad—, sino que enfrentó las carencias sociales del discurso republicano original. Sin trabajo, no podía haber virtud y menos decencia. Los cimientos fundamentales de la «república práctica» fueron la producción y el trabajo. Fue por la conexión entre ciudadanía y trabajo, funcional al proyecto de modernización económica que las élites asociadas al mismo pretendieron llevar a cabo, que no resultaba casual que la Sociedad Independencia Electoral estableciera estrechos vínculos políticos con la Sociedad de Auxilios Mutuos. La cooptación de los principales líderes de la organización artesanal más prestigiosa de la época, algunos de cuyos miembros actuaron en el Congreso a nombre del Partido Civil, selló la alianza simbólica que el grupo liderado por Pardo intentó construir con el sector percibido como el legítimo heredero de la moral y de la tradición republicana.

alguna contribución». Tácitamente, el sufragio de los analfabetos y de los indios, quienes eran nominalmente dueños de sus propiedades, quedó autorizado.

49 Ver este punto fundamental en Pardo, Manuel. «Discurso de aceptación de la candidatura civil». *El Comercio*, 24 de abril de 1871.

50 Mc Evoy, «Civilizando calles», y *La utopía republicana*, pp. 135-140.

51 Para un concepto similar en los Estados Unidos, ver Shultz, Ronald. *The Republic of Labor: Philadelphia Artisans and the Politics of Class, 1720-1830*. Nueva York: Oxford University Press, 1993.

La apelación por parte de la dirigencia civilista a la amplia y plástica noción de «clases productoras» o «clases laboriosas», a la vez que revivía los conocidos ecos del «republicanismo artesanal» y del sansimonismo (al que nos hemos referido anteriormente), servía para diluir las obvias tensiones sociales existentes entre los diversos sectores que conformaban el frente republicano peruano. Así, el elemental factor de trabajar y ser productivo facilitó las credenciales necesarias para participar en la «comunidad imaginaria» que apareció en el Perú a inicios de 1871. Cabe mencionar, por otro lado, que ciertos rasgos inocultables de la «república de las letras» afloraron en la síntesis republicana peruana. En la misma, los «productores intelectuales» —nucleados en periódicos como *El Comercio*, *El Nacional* y *La Patria*, y en las aulas escolares y universitarias del colegio Guadalupe y San Marcos, respectivamente— dieron las imágenes necesarias para el combate político que tuvo como meta la consolidación del proyecto republicano.

La respuesta de la administración de Balta ante el despliegue de una personalidad que, como la de Pardo, amenazaba las posibilidades del candidato oficialista, el general José Rufino Echenique, no se hizo esperar. En un par de reuniones convocadas por Balta, realizadas el 12 y 13 de septiembre de 1871, el presidente sugirió la idea de una candidatura de consenso. La fórmula, que por obvias razones no prosperó, puso en evidencia la intención que tenía el Ejecutivo de manipular las elecciones. La dureza del discurso pronunciado por Pardo el 8 de octubre de 1871 en la Quinta de Rivera da cuenta de la manera como la manipulación soterrada del gobierno se fue transformando en un claro intento de fraude.⁵² Y es que los «ciudadanos» habían sido, de acuerdo con el candidato, «los ilotas de la república», y todo estaba preparado «para que volvieran a serlo». Los métodos de los que se oponían a una competencia electoral libre eran sumamente eficientes, y se dirigían principalmente a bloquear la inscripción de ciudadanos en el registro cívico. Pardo denunció esta situación, llamando la atención respecto de las irregularidades de un sistema que toleraba que «cinco días» antes de las elecciones se comenzaran a distribuir las cartas de ciudadanía a una «inmensa mayoría» que carecía de ellas.

La situación electoral en las provincias era sumamente difícil para los partidarios del candidato civil. Para imposibilitar la circulación de los electores y el ejercicio de su derecho cívico, el gobierno utilizó todos los medios a su alcance. Desde Huánuco, un corresponsal de Pardo apellidado Acuña denunció que en vísperas de las elecciones, «todos los puentes que conducían a la ciudad estaban custodiados por soldados». La finalidad era impedir el tránsito de los electores favorables a Pardo, a los que, antes de enviarlos a la prefectura, desnudaban para registrarlos y quitarles todo papel que llevaran consigo. Acuña finalizaba su relato señalando que «la fuerza de toda la policía» se había ocupado en la misión de «perseguir electores», muchos de los cuales estaban «con guardias» para que «no

52 Pardo, Manuel. «Discurso en la gran asamblea reunida en la Quinta de Rivera (octubre, 1871)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 397-398.

saliesen de sus casas».⁵³ A partir de enero de 1872, la represión a los miembros de la Sociedad Independencia Electoral se volvió intolerable. En su discurso del 13 de abril de ese año, Pardo denunció «ataques sangrientos, como en Canta, arbitrarias prisiones, juicios irrisorios [...], silencio impuesto a los periódicos» civilistas mediante «la suspensión de algunos y el embargo de sus propiedades». El reemplazo de «la política de prescindencia electoral» por una de «activa intervención» en favor del candidato oficialista había «sacado a todos de su órbita natural», rompiendo «el equilibrio establecido por la ley», la que apartaba al Ejecutivo «absolutamente de esas funciones». El resultado fue «una profunda perturbación en el juego de elementos» que constituían «el mecanismo legal» del sistema republicano.⁵⁴ La situación anterior fue preparando el escenario para las violentas jornadas de julio que culminaron con el asesinato de Balta.

El levantamiento del ejército contra la elección de Pardo, liderado por el coronel Tomás Gutiérrez, ministro del Interior de la administración de Balta; el asesinato de este último a manos de los militares gutierristas; la ocupación de la ciudad de Lima por una multitud descontrolada; y el asesinato de Tomás Gutiérrez y de sus hermanos a manos de la «plebe enfurecida» por el cobarde magnicidio del presidente saliente, todo ello ocurrió en menos de 72 horas. El dramático fin de campaña evidenció que la construcción de la tan ansiada república y la cristalización del ciudadano republicano no podían esperar un minuto más. La tarea de reinstitucionalización política y salvataje económico fue la que se propusieron llevar a cabo Manuel Pardo y los ideólogos de la «república práctica».

El 2 de agosto de 1872, Pardo inauguró su período presidencial. A decir de Benjamín Vicuña Mackenna, el flamante presidente se encontró con tres elementos de acción al iniciar su mandato: el entusiasmo popular, las cenizas humeantes de los Gutiérrez y el caos. La dramática situación fue resumida por Pardo de la siguiente manera: un orden político «basado en la fuerza material»; un orden económico y social, «en los dispendios del Tesoro»; y un orden fiscal, «en los descuentos del porvenir». Ninguna sociedad podía mantenerse «indefinidamente sobre tales fundamentos». Ya nadie podía dudar de que el país requería de un cambio profundo, y por ello Pardo opinaba que para lograr el orden político, debía crearse una base que en vez de residir en la fuerza de las bayonetas, descansase en «la constitucionalidad de la república». Por otro lado, para lograr un orden económico y social sano, la única salida era el trabajo productivo.

La difícil situación a la que se enfrentó la administración civilista demandó la creación de una «gran causa moral», la que descansaba en lo que Pardo denominó como la «resurrección del espíritu público», es decir, la participación política de los ciudadanos.

53 Mc Evoy, *Un proyecto nacional*, pp. 88-89.

54 Pardo, Manuel. «A los colegios electorales de la república». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 405-409.

Las maquinarias electorales, armadas con sumo cuidado y aceitadas durante catorce meses de campaña, fueron la base de donde surgió el aparato estatal que el Partido Civil buscó consolidar. La misión principal del «Estado civilista» fue retomar los espacios políticos y económicos, que se encontraban en manos de familias provincianas prominentes. La tarea de consolidación estatal fue, en consecuencia, difícil y extenuante. Para la labor de organización política nacional, jugó un rol importante la red de prefectos y subprefectos civilistas, que se enlazaron, vía el correo y el telégrafo, con Lima y entre ellos mismos. El prefecto, usualmente un elemento muy cercano al partido o al presidente, debía tener cierto arraigo en la zona encomendada. En ciertos casos, era un militar, un diputado por el departamento o un funcionario de carrera en la administración pública.⁵⁵ Sin embargo, lo interesante de la nueva estructura política montada por el civilismo fue su dimensión económica.

En la *Memoria sobre la provincia de Tarma* redactada por el abogado tarmaño José María Aza, la que tuvo por finalidad proveer de información a la oficina de Dirección Estadística del gobierno, dirigida por Agustín de la Rosa Toro, se pone en evidencia el interés del Estado civilista en levantar un catastro pormenorizado de las provincias peruanas.⁵⁶ Aza, quien informó puntualmente al gobierno sobre la geografía, la extensión, la división política, la geología, la demografía, la hidrografía, el clima y la producción de su provincia, era un importante miembro del Partido Civil, quien, como muchos otros de los coordinadores políticos de la campaña presidencial, fue premiado con un lugar preeminente en la renovada estructura de poder regional. En la copiosa correspondencia que Aza sostuvo con Pardo, y en su *Memoria* de 1874, se pone de manifiesto el interés de las burguesías provincianas por la expansión de la frontera económica.⁵⁷ Y es que en un proyecto de la envergadura del planteado por el Partido Civil, en el que urbanizar y civilizar era la norma, no se podían dejar de lado elementos tan fundamentales como la colonización y la ocupación efectiva de la frontera. Es solo entendiendo la evolución anterior que se puede comprender la estatización de las salitreras. El acto que precipitó la guerra del Pacífico, además de ser una toma de posesión de recursos indispensables para el despegue económico del Perú, significó la recuperación por parte del Estado de un espacio fronterizo que estaba bajo el control informal de Chile.

El control de los espacios geográficos estuvo conectado con el deseo de «civilizar» a la naturaleza, de controlarla y de hacerla productiva. La alianza entre la vialidad y la ocupación

55 Mc Evoy, *La utopía republicana*, pp. 140-42.

56 La memoria es reproducida en su totalidad en la excelente recopilación hecha por Andázabal Cayllahua, Rosaura. *Geografía de la sierra, siglo XIX: Junín*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1994, pp. 148-175. La Dirección de Estadística, creada por la ley del 23 de abril de 1873, llenó una necesidad urgentemente sentida en la república. Dicha oficina, dirigida por Agustín de la Rosa Toro, elaboró los formularios que posibilitaron levantar el censo de 1876.

57 Para la interesante correspondencia entre Pardo y Aza, ver Archivo General de la Nación, Archivo Manuel Pardo, Correspondencia con J. M. Aza (49 unidades). Sobre la participación de Aza en la campaña electoral de 1871, ver Mc Evoy, «Estampillas y votos».

territorial fue una estrategia fundamental. Entre 1872 y 1876, se construyeron 798 kilómetros de vía férrea, concluyéndose los tramos Paita-Piura, Salaverry-Trujillo y Chimbote-Huaraz-Recuay. En el afán de «civilizar» a la naturaleza, se construyó el canal de Uchusuma, con la finalidad de dar un mejor aprovechamiento a las aguas; un puente sobre el río Moquegua; y se apoyó a la expedición de John Tucker, que reconoció 2945 millas del río Amazonas y de sus afluentes.⁵⁸ Los ingenieros al servicio del Estado proyectaron, asimismo, otras obras, como un muelle en el puerto de Chala, otro en Huacho, un puente sobre el río Apurímac, la prolongación del puerto de Paita, la irrigación de las pampas de Sechura, Chiclayo y Lambayeque, así como la irrigación de la provincia de Castilla. Dentro del esquema integrador de los espacios nacionales, se instalaron nuevas redes telegráficas: las de Pacasmayo a Cajamarca, Eten a Ferreñafe y Chiclayo a Pátapo, entre otras.

El proyecto de urbanización de los espacios políticos en el ámbito nacional tuvo como una de sus plataformas a la ley orgánica de municipalidades de 1873.⁵⁹ Volviendo a nuestra discusión inicial, cabe recordar que el ideal municipal —que intentó urbanizar espacios políticos y sociabilizar a la población en las prácticas civiles— se remontaba a la etapa de la independencia. La administración civilista no hizo más que retomar dicha tendencia al establecer un vínculo firme entre ciudad y nación. La cultura política que intentó recrear el municipalismo de inicios de la república afloró nuevamente en la década de 1860 a raíz del regreso de la actividad municipal. En aquel entonces, José Gálvez señaló que las municipalidades y juntas departamentales eran la «única camisa de fuerza» de los «presidentes caprichosos» y «desmandados» de la etapa del «caudillaje».⁶⁰ Es decir, que el municipalismo era —junto con los elementos discutidos anteriormente: vialidad, expansión de la frontera económica, nacionalización de la política— un potente antídoto para desbaratar la política fragmentadora de los caudillos.

En su mensaje presidencial del 28 de abril de 1873, Pardo señaló que la ley de municipalidades constituía una de las «bases» que sostenían a «la república».⁶¹ La misma

58 Para un acercamiento a la obra de Tucker en el Perú, ver Werlich, David P. *Admiral of the Amazon. John Randolph Tucker, His Confederate Colleagues and Peru*. Charlottesville/Londres: University Press of Virginia, 1990.

59 Esta ley tenía 140 artículos, agrupados en dieciséis capítulos. Fraccionaba la estructura del Estado en cuatro niveles de competencia: el nacional, el departamental, el provincial y el distrital. No había en propiedad un nivel municipal, sino que creaba concejos con cierta jerarquía entre sí, para darles armonía a los niveles. Para el efecto, se creaban los concejos departamentales y los concejos distritales, ambos sin figuración previa en la normatividad republicana. Los concejos departamentales eran asignados a los departamentos y también a las provincias de mayor significación, como la provincia constitucional del Callao o la provincia litoral de Moquegua.

60 Leguía, Jorge Guillermo. *Estudios históricos*. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1939, p. 119.

61 Pardo, Manuel. «Mensaje como presidente de la república al clausurar las sesiones de la legislatura extraordinaria (1873)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 433-440.

facilitaba a los concejos dictar reglamentos, votar arbitrios y levantar empréstitos sin necesidad de la aprobación del Congreso ni del gobierno; asimismo, entregaba a cada concejo «la administración local en todos sus ramos, excepto el judicial, cuya organización estaba fijada en la Constitución». La ley de organización municipal otorgaba, según Pardo, la más grande independencia y los más amplios derechos con que la institución municipal había sido organizada en otras naciones. La descentralización administrativa, una evidente reforma en la estructura del poder, fue una tarea primordial para el civilismo.

La innovadora solución a la crisis estructural por la que atravesaba el «Estado guanero» fue el ceder una cuota de poder a las provincias con la finalidad de mantener un control estatal que se sabía irremisiblemente perdido. Así, las provincias y los departamentos enfrentaron el enorme desafío de generar sus propios recursos, independizándose, de esa manera, de la tutoría del «Estado guanero». Las implicancias de la reforma del Estado transformaron la estructura del presupuesto, debido a que muchos ingresos y gastos considerados en la ley general del presupuesto fueron asumidos por los municipios, situación que generó un interesante debate en el Congreso.⁶² La ley de organización municipal muestra las dimensiones de la tarea transformadora en la que se embarcó el Partido Civil. La conquista de los espacios perdidos durante los años del caudillismo demandó no solo el liderazgo de Lima, sino la participación activa de las provincias.

Es a la luz del diseño civilista —en el que la integración nacional, la urbanización y la civilización de los espacios políticos, económicos, geográficos y de la memoria se constituyen en pilares fundamentales— que adquiere relevancia el planteamiento principal de Manuel Pardo. La consecución de la libertad, tarea inconclusa por la que se peleó durante la independencia, estaba estrechamente unida —según Pardo— a la tarea civilizadora en la que se hallaba embarcado el Partido Civil. Dicho objetivo, que proveía de legitimidad al proyecto civilista, implicaba la adquisición de una ciudadanía política, pero también —y sobre todo— de una ciudadanía económica. Dentro de esta línea de pensamiento, Pardo señaló, en su mensaje de 1872 al Congreso, lo siguiente:

Mientras nuestras poblaciones carezcan de la facultad de manejar por sí mismas sus intereses, no serán otra cosa que aglomeraciones de individuos; pero jamás pueblos libres. Para fundar el espíritu de la libertad es preciso que cada ciudadano, cada municipio, cada población, crea tener y tenga en efecto el derecho de gobernarse por sí mismo; es decir obrar de su cuenta y riesgo, dentro de los límites de la ley, sin esperar ni temer nada de ninguna acción extraña. Esto es lo que constituye verdaderamente un pueblo libre.⁶³

Tomando en cuenta lo anterior, es posible sugerir que la importancia del discurso civilista residió en su teorización de un espacio que si bien aludía directamente a cuestiones

62 Planas, *La descentralización en el Perú republicano*, p. 178.

63 *Congreso ordinario de 1872. Diario de los debates de la Cámara de Diputados*. Lima: Imprenta de El Nacional, 1872, t. II, p. 422.

económicas y políticas, era capaz de trascenderlas. En el espacio de la libertad aludido en el mensaje de Pardo, la política de la representación podía ser practicada. Sin embargo, para ello era necesario resolver el mayor desafío que surgió en Hispanoamérica a raíz de la independencia: la creación de un nuevo tipo de sociabilidad con sujetos «civilizados», dispuestos a ceder su representación en aras del «orden» y anular sus diferencias de clase en aras del «progreso».

El último ensayo escrito por Pardo, publicado tres meses antes de morir asesinado a la entrada del Congreso, surgió, al igual que los «Estudios sobre la provincia de Jauja», a partir de un viaje forzado de su autor a Chile.⁶⁴ Allí, además de cobijarse de las tormentas políticas desatadas por el enfrentamiento entre el Partido Civil y el segundo gobierno de Mariano Ignacio Prado (1876-1879), el ex presidente se dio tiempo para explorar el evento histórico que determinó la agenda política de la Hispanoamérica poscolonial. El tema de la independencia fue analizado por Pardo a partir de una reseña que escribió para el libro que sobre Belgrano publicó el estadista argentino Bartolomé Mitre.⁶⁵ En el ensayo, en el que a manera de un viaje de regreso exploró algunas de las limitaciones del modelo civilizador, Pardo subrayó el difícil rol que debía cumplir el político hispanoamericano. En una interesante apuesta por la reconciliación entre las actividades filosóficas y las políticas, que alude al necesario encuentro entre la inteligencia y el poder, la reseña sobre el libro de Mitre rescató un trabajo intelectual que se manifestaba en la «república de las letras». Ahí, una «gran personalidad política» como la del estadista argentino cumplió con el encargo de «defender ante el tribunal de la historia» a «un compañero» que, como Belgrano, había caído en desgracia. Mitre, que conocía «tan bien la naturaleza de su enfermo», se propuso ayudar a los lectores a seguir «el curso de la enfermedad hasta remontar sus orígenes» a la etapa de la independencia. Cabe recordar que la independencia de las antiguas colonias españolas, la que ha sido acertadamente denominada como «el primer tránsito a la modernidad»,⁶⁶ dejó planteados dos de los problemas más relevantes del siglo XIX hispanoamericano: el de la legitimidad política y el de la cohesión cultural. La independencia fue la etapa fundante de donde surgió la agenda político-intelectual que debieron enfrentar Pardo, Mitre, Sarmiento, Bello, Rocafuerte y muchos otros intelectuales hispanoamericanos.

En el plan de análisis de la obra de Mitre, Pardo se propuso cumplir la función de crítico. Su meta no fue contar la historia de Belgrano, que Mitre había escrito «con maestría», sino «dar de la obra una idea de conjunto». Y es que la reseña del libro sobre

64 Martín, José Carlos. *Manuel Pardo en Chile*. Lima: Talls. Graf. P.L. Villanueva, 1978.

65 Pardo, Manuel. «Belgrano, por el general don Bartolomé Mitre. Estudio crítico (1878)». En Mc Evoy, Carmen (comp.). *La huella republicana liberal en el Perú. Manuel Pardo. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004, pp. 527-598.

66 Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencia: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: MAFPRE, 1993.

Belgrano le servirá a Pardo de pretexto para explorar muchos de los temas que le preocuparon a lo largo de su vida intelectual, entre ellos las raíces del liberalismo hispanoamericano, el contrapunto entre el individuo y la sociedad, el dilema entre la monarquía y la república, las limitaciones de la civilización y los orígenes de la barbarie, pero principalmente la dialéctica entre la voluntad humana y el determinismo histórico. Para cumplir con sus objetivos, Pardo enunció la necesidad de estudiar las relaciones de producción, debido a que ellas determinaban en «cada localidad modos de ser esencialmente distintos». Así, en el contexto de la modernización del sistema colonial, Buenos Aires exhibió desde sus inicios una clara tendencia liberal.

La clave para entender la evolución política de Buenos Aires radicaba, de acuerdo con Pardo, en una aproximación a su peculiar historia política y económica. Esta no estaba exenta de un entramado de elementos «tan diversos» que combinados «en una acción tan variada», daban por resultado «un fin opuesto al que todos los hombres que desempeñaron un papel en aquellos sucesos tuvieron en mira». Cabe resaltar que uno de los aportes principales del análisis que hace Pardo sobre la obra de Mitre será el poner en evidencia el poco peso que en los acontecimientos históricos tenía el accionar individual. «En la vertiginosa» historia de Buenos Aires, «los hombres» habían sido «sólo instrumentos que siguieron el impulso del sentimiento público». La respuesta a la invasión inglesa fue, en consecuencia, una obra de «la opinión popular, inflamando el espíritu de cada uno, armonizando la actividad de todos y sosteniendo el esfuerzo de un pueblo entero en demanda de un propósito común, antes que la acción de una personalidad determinada». El «embrión de la democracia argentina» radicó en un vigoroso asociacionismo, el que fue capaz de rechazar eficientemente a los ingleses.

El asociacionismo de Buenos Aires se hizo evidente cuando la municipalidad «convocó al pueblo para deliberar sobre su propia suerte». Esta «revolución», según Pardo, permitió la «primera aparición» de la democracia en Hispanoamérica. La paradoja fue, sin embargo, el poco peso que tuvo la intencionalidad de los actores involucrados. La revolución de la independencia estuvo asociada a una sucesión de eventos que estaban más allá de la decisión consciente de sus promotores. Y es que había en este tipo de desarrollos históricos «cierto encadenamiento fatal y misterioso» que, aunque pudiera ser explicado «más tarde en sus relaciones», escapaba «totalmente a la previsión de la inteligencia», porque en realidad no obedecía «a los cálculos ni a la voluntad humana». Más aún, la fuerza de una historia casi ciega escogía a los actores para elevarlos, usarlos y rechazarlos, de la misma manera como «un animal» devoraba «inconscientemente las plantas necesarias para su vida», desdeñando y pisoteando las que ya no le servían. Era justamente la independencia la que ofrecía «una serie interminable de pruebas» sobre la verdad de aquella teoría esbozada por Pardo en la reseña y que hoy conocemos como determinismo histórico. Por ello, el reseñador peruano estaba en desacuerdo con la interpretación de Mitre, quien buscaba imponer en su libro sobre Belgrano una filosofía racional tendiente

a regular los acontecimientos históricos, cuando a veces, según Pardo, «los sucesos» se presentaban «solos sin muchas causas» que los explicaran, sirviendo así de punto de partida para «una sucesión indefinida» de otros acontecimientos, igualmente imprevisibles.

En la «teoría de la revolución», con la que los americanos estaban —de acuerdo con Pardo— «tan familiarizados», las «clases ilustradas» daban los rumbos, preparaban los caminos, excitaban el espíritu público e incluso rompían «los primeros fuegos», para más adelante pasar a una fase de repliegue, en la cual se asustaban con «la primera sangre», tratando de «detener el impulso» que habían dado y luchaban por controlar. En ese momento de duda y vacilación de las élites, venían «las grandes masas del sentimiento público, arrollando todos los obstáculos y venciendo todas las resistencias para dar los triunfos decisivos». El papel de la multitud en la historia es un tópico que Pardo analizará por primera vez con detenimiento en la reseña del libro de Mitre, lo que le permitirá corroborar su argumento central en torno al «papel secundario de las individualidades». Con respecto a lo ocurrido específicamente en la Argentina, Pardo observaba «el tamaño» tan «pequeño» de los personajes «que figuraron en aquel drama colosal». El carácter distintivo de las revoluciones sociales era que «las aspiraciones» de una sociedad, desperdadas por circunstancias «eventuales», eran capaces de revelar sus propias «necesidades». Dentro de ese contexto, «el sentimiento público» cumplía «el papel del instinto», el cual ponía en movimiento las fuerzas que habrían de satisfacerlo, lo que iría preparando, paradójicamente, el camino para la anarquía. En medio del caos que ella provocó en el ex virreinato del Río de la Plata, la revolución fue devorándose a cada uno de sus hijos. Por ejemplo, Saavedra «pereció en los helados páramos de la cordillera»; Belgrano, «la esperanza de la revolución», vio a sus favoritos en el ejército «vestir un muñeco con sus insignias y exponerlo a la burla de sus soldados»; mientras que Rivadavia «había gastado todo el poder de su inteligencia y de su alma vigorosa midiendo su propia impotencia».

En la reseña del libro de Mitre, Pardo abordó una de las experiencias políticas más comunes a las repúblicas hispanoamericanas luego de la independencia. Para el caso específico de la Revolución de Mayo, la anarquía se produjo debido a que «las fuerzas sociales» que apostaron por el cambio se quedaron esperando «nuevos rumbos». Así, ante la orfandad de ideas políticas, «la unidad» de la primera fase se trocó en «la anarquía» de la segunda. Lo anterior se complicó debido a la existencia de fuerzas reaccionarias en el seno de la sociedad bonaerense. Del choque entre aquellas, que eran mayoría, con «los defensores de las nuevas ideas, en minoría», surgió un gobierno débil e incapaz de llevar las riendas de la sociedad. Las ideas derrotadas se asilaron, sin embargo, entre las clases ilustradas, y estas utilizaron a la prensa y a las asociaciones como espacios de debate político. Para imponerles silencio, se dio la peculiar alianza entre las fuerzas reaccionarias y las «clases inferiores», reclutadas en «los corrales de los mataderos». En la lucha entre las fuerzas de acción y reacción, estas se sirvieron del «espíritu provincial» y del «poder de las turbas». En efecto, para detener el triunfo de la idea democrática se armó a la barbarie.

En medio del tumulto y de escenas «muy comunes» en Hispanoamérica, Belgrano fue destituido «a pedido de las turbas». Lo ocurrido en el bienio posterior a la independencia, en el que se entremezclaron «la política loca, la desorganización administrativa, la ruina de los intereses materiales, el desquiciamiento, el odio social y el rechazo de las provincias a Buenos Aires», sirvió de tubo de ensayo y de antecedente para la anarquía posterior.

Pardo muestra una visión positiva de la anarquía y la caracteriza como una etapa en la cual había «caído mucho de lo que debía de caer, simplificando los problemas» que quedaban «por resolverse». En ese contexto, las ideas fueron «elaborándose» al choque con «los errores encontrados». La etapa de la anarquía —que para los «observadores superficiales» ofrecía solo un espectáculo de «desorganización moral y política» y de «desquiciamiento»— era, para el ex presidente, «el agente durante el cual se operaron las transformaciones del génesis político» en Hispanoamérica. A medida que el período de «descomposición y de recomposición violenta» iba pasando, los americanos estaban finalmente llegando a la época que Pardo denominó «del hombre», es decir, «de la idea y de la discusión». El fortalecimiento de las ideas y el aquietamiento de las pasiones eran elementos fundamentales en cualquier proceso de reconstrucción, como aquel en el cual Pardo creía estar viviendo. Respecto de su posición frente a la anarquía como una etapa de error de la cual se podían extraer lecciones para el futuro, es importante recordar que el reconocimiento del error, la aceptación del riesgo implícito que existe en el accionar humano, es una noción que nace en la Ilustración. Fue en esta etapa donde los dogmas sobre la verdad total y absoluta perdieron toda validez. La noción del «error ilustrado» no llevó, sin embargo, al pluralismo pacífico, debido a que la promesa esencial del error debía ser descubierta y a la vez protegida contra los adversarios.⁶⁷ Por lo anterior, es posible sugerir que los conflictos de vida o muerte que ocurren durante las guerras de independencia y que Pardo discute en su reseña se producen a partir del desacuerdo en torno al camino que debería llevar a la verdad elusiva. Así, todas las construcciones ideológicas poscoloniales, incluida la de la «república práctica», tuvieron en consideración el tema del error, que en la mayoría de las veces tendía a ser percibido como el ajeno.

La parte más sugerente de la reseña es el análisis que hace Pardo acerca del debate entre monárquicos y republicanos. Con la finalidad de detener la anarquía, «la vieja civilización» intentó detener «los progresos de la democracia» oponiendo la idea de la monarquía constitucional a la república. Así, la opción monárquica apareció como una respuesta ante la anarquía. La lógica era volver a la forma de gobierno bajo la cual el orden había existido. Pardo describe de una manera brillante lo absurdo de la opción monárquica y la tragicomedia que significó la búsqueda del príncipe europeo para gobernar la antigua colonia española. Existían «imposibilidades fundamentales, tanto políticas

como sociales, que se oponían a la realización de aquellos proyectos». Por otro lado, la opción incásica, lo que Pardo denominó como «la nueva edad del inca prometido», era poco más que un mito patriótico, debido a que todo lo que quedaba de aquellos recuerdos «eran apenas momias que se convertían en polvo al tocarlas». Lo que los monarquistas no entendían, de acuerdo con Pardo, era que «los Manco como los Carlomagno» no se buscaban, sino que se imponían. Sin embargo, la razón fundamental de la inviabilidad de la monarquía era que su esencia estaba en oposición al ideario por el cual se luchó durante la independencia. Cuando «una masa de hombres» se consagraba «apasionadamente al servicio de la libertad y de la humanidad en cualquiera de sus manifestaciones», era natural —opinaba Pardo— que utilizara el imaginario republicano. Y es que la república estaba asociada a la idea de libertad, que en la guerra contra España tomó el nombre de independencia. Hacer sacrificios y derramar sangre en favor de lo opuesto, la monarquía, era a todas luces «un absurdo», principalmente porque las masas asociaban «la idea de independencia a la de la república».

La obra de un pensador como Manuel Pardo, economista y filósofo a la vez, debe ser evaluada teniendo en consideración las recientes discusiones surgidas en torno al problema de la modernidad. Peter Gay define a la Ilustración como «una visión humana y libertaria», siendo Hume, el ejemplo del intelectual dispuesto a convivir con la incertidumbre, su más preclaro representante. La Ilustración abrió la conciencia del hombre moderno. Perdido entre las estrellas, incapaz de encontrar significado a su existencia, aquel arribará a la conclusión de que él es autor de sí mismo y el único artífice de su felicidad.⁶⁸ La Ilustración significó, de acuerdo con Hayden White, una tendencia a la razón, a la educación y a la ciencia.⁶⁹ La «dialéctica de la Ilustración» dio forma a algo llamado modernidad, una de cuyas creaciones es el espíritu crítico, del cual Pardo es heredero y representante. Sin embargo, se ha afirmado, con cierta razón, que los ilustrados del siglo XVIII y sus herederos, los liberales del XIX, no reconocieron sus propias limitaciones. Al racionalizar a los seres humanos utilizando los modelos abstractos de las ciencias naturales, los ilustrados sembraron las semillas de la violencia que aún nos acompaña. En el siglo XIX, como la vida y la obra de Pardo lo ponen en evidencia, el Perú fue uno de los escenarios hispanoamericanos en el que se reprodujo la vieja batalla entre la civilización y la barbarie. Así, ideas de corte ilustrado, como sociedad civil, progreso, virtud, trabajo, libertad, igualdad, imperio de la ley y educación, intentaron hegemonizar el espacio público limeño y provinciano, adquiriendo nuevos significados en el marco de la segunda expansión imperialista que tuvo lugar a mediados del siglo XIX.

68 Para un interesante estado de la cuestión en torno al pensamiento ilustrado y a sus detractores, ver Bates, *Error and Revolution in France*, pp. 1-18. Para una defensa de la Ilustración, consultar Gay, Peter. *The Enlightenment: An Interpretation: The Science of Freedom*. New York: Knopf, 1966-1969.

69 White, Hayden. «Introduction». En Anchor, Robert. *The Enlightenment Tradition*. Nueva York: Harper & Row, 1967.

67 Bates, David W. *Enlightenment Aberrations: Error and Revolution in France*. Ithaca/Londres: Cornell University Press, 2002.

Para sus detractores, especialmente algunos importantes representantes de la Escuela de Frankfurt, como Adorno y Horkheimer, la Ilustración se basa en la represión violenta de la diferencia y de la individualidad. El método científico de la abstracción, del que se valen los ilustrados, es totalitario, ya que descansa en la premisa de una suerte de ingeniería sobre «las almas y los cuerpos» de los seres humanos.⁷⁰ Así, la Ilustración crea la ficción de una unidad sistemática de hombres y de mujeres que pueden ser entendidos en la medida de que su heterogeneidad es olvidada. La teoría poscolonial ha asociado el capitalismo con la filosofía civilizadora de la Ilustración, la que ha sido puesta al servicio de un proyecto que intenta destruir la «otredad» de civilizaciones no occidentales. No solo el legado de la Ilustración ha sido atacado de diferentes maneras, sino que su espacio tradicional, la historia intelectual, ha sido desplazado a un lugar marginal.

Sin embargo, trabajos recientes de historia intelectual han intentado volver al territorio de la Ilustración con la finalidad de redescubrir ahí los orígenes de nuestra modernidad. Partiendo de la premisa de que una Ilustración autocrítica puede vivir en un mundo posmoderno, ciertos elementos del viejo proyecto civilizador de Occidente, dentro del cual debemos ubicar la obra de Manuel Pardo, están siendo reevaluados. Si observamos con detenimiento la producción escrita de Pardo, hallaremos que ella exhibe rasgos modernos de estirpe ilustrada, entre ellos el espíritu crítico, que en la reseña del libro de Mitre adquiere un alto grado de sofisticación. Es justamente en ese ensayo que Pardo rescató uno de los legados más importantes del Siglo de las Luces: la función humanizadora del lenguaje. A lo largo de su carrera política e intelectual, Pardo mostró un gran interés por desarrollar en el Perú una cultura pública, crítica e intelectual. Cabe recordar que la «promesa de la Ilustración» está asociada a la idea de un consenso cuya base es la premisa de que el diálogo consiste en reconocer que «el otro» es también un miembro de una asociación de hombres libres. A pesar de que desde una etapa muy temprana de su vida se propuso convertirse en un hombre de acción, Pardo nunca dejó de lado esa herencia letrada, de respeto y fe en la palabra, que heredó de su padre. Y es que, para los ilustrados, el lenguaje era el único instrumento capaz de establecer una relación compartida con la verdad, lo que confirmaba la existencia del otro como un ser humano capaz de hablar y de razonar. Que Manuel Pardo muriera asesinado de un tiro en la espalda a la entrada del Congreso, el espacio de diálogo por excelencia, luego de corregir en *El Comercio* las pruebas de imprenta de un discurso en el que defendía la idea del consenso político, es todo un símbolo de lo difícil de su tarea y del grado de violencia que exhibieron las fuerzas contra las que se enfrentó.

⁷⁰ Horkheimer, Max y Theodor Adorno. *Dialectic of Enlightenment*. Nueva York: Herder & Herder, 1971.

DEL PROYECTO CIVILISTA A LA REPÚBLICA OCUPADA: ANTONIO RAIMONDI Y LA RECUPERACIÓN Y PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO MATERIAL Y CULTURAL DEL PERÚ*



CARMEN Mc EVOY

LUIS FELIPE VILLACORTA

* Este ensayo es de autoría de Carmen Mc Evoy y Luis Felipe Villacorta, y forma parte de un proyecto en conjunto que debe culminar en la reedición de la obra monumental de Antonio Raimondi, *El Perú*.

“No basta, pues, que haya hombres que dediquen su existencia al estudio de un país: es preciso también que haya un gobierno que sepa apreciar esta clase de trabajos, y les conceda su poderoso valimiento, para que estos no permanezcan estériles”.

Antonio Raimondi
“El Perú”, 1874 p. IV

La guerra del Pacífico dejó al Perú una profunda huella en distintos estamentos de la sociedad nacional, cuyos alcances son materia de constante y renovado análisis a la luz de nuevas evidencias y/o aproximaciones —más allá de la historia militar— a este período de nuestra trayectoria republicana.¹ La generalidad anterior sirve de preámbulo para la presentación de este ensayo, dedicado al trabajo científico de Antonio Raimondi.² Este caso resulta interesante porque gracias a la labor del naturalista milanés —patrocinada por el Estado y promovida políticamente por las élites civiles— es que el Perú actualizó el inventario de sus recursos naturales, certificó —desde la cumbre objetiva del quehacer científico— las potencialidades de estos recursos, vistos como medios para el desarrollo nacional, y, por lo tanto, puso en evidencia el rol reservado a ellos como integrantes de una agenda o proyecto nacional.³

Este contexto aparece íntimamente ligado al trasfondo de la guerra del Pacífico, entendida como la disputa militar por la posesión de un territorio vinculado a un recurso natural específico, pero también vinculada al imaginario de la riqueza y a la extendida idea de que el Perú es un país rico, percepción consagrada simbólicamente en nuestro escudo nacional y favorecida durante el período de la bonanza guanera. Se debe relevar también el cambio de paradigma sobre el origen de la riqueza ocurrido en este tiempo en el país, principalmente entre nuestras élites progresistas. La riqueza cambiaba su antigua matriz colonial, basada

- 1 Ver, por ejemplo, Mc Evoy, Carmen. *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2011.
- 2 Nacido en Milán en 1824 y fallecido en San Pedro de Lloc en 1890.
- 3 Ver Mc Evoy, Carmen. *Un proyecto nacional en el siglo XIX: Manuel Pardo y su visión del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

en una economía patrimonialista y de acumulación, por aquella moderna, burguesa y liberal, fundamentada en el trabajo como medio de generación de bienestar. Esta reflexión se dio en el contexto del comprobado límite del guano como un recurso natural y económico no renovable y finito, lo que urgió a un grupo de políticos de espíritu modernizante a plantear la alternativa del desarrollo institucional y de infraestructura como una respuesta ante el fin de la prosperidad que se avizoraba. Sin duda, Manuel Pardo fue el líder indiscutible de este movimiento, cuya expresión política se conoció como el civilismo.

El anterior fue el escenario en el que Antonio Raimondi desarrolló su labor de exploración e investigación de los recursos naturales del Perú. Ella estuvo lejos de restringirse a círculos académicos o burocráticos, sino que trascendió largamente estos escenarios, convirtiéndose el juicio del naturalista italiano en una voz autorizada y de amplio prestigio en el renovado espectro de la opinión pública nacional.⁴

El presente ensayo hace una semblanza de los fundamentos del ascendente prestigio social de Raimondi y su incursión en la dinámica esfera pública nacional, así como sus diversos escenarios de consagración y la nueva connotación que adquirió dicho prestigio en el dramático contexto de la guerra del Pacífico, especialmente durante la ocupación de la capital. Gracias a la labor de Raimondi, las potencialidades de los recursos naturales del Perú aparecen materializadas en colecciones y en nuevos protocolos científicos. En este nuevo formato, dichos recursos eran integrados a una agenda de desarrollo nacional que consideraba que su explotación requería de la incorporación de los elementos de la modernidad decimonónica, como el ferrocarril, el telégrafo, la máquina de vapor, la capacitación académico-profesional y la meritocracia, entre otros aspectos. Así, se sentaban las bases programáticas para integrar estos pasivos recursos naturales a una agenda de desarrollo y progreso nacional.⁵

4 Cabe indicar que varios países latinoamericanos experimentaron procesos semejantes en las etapas formativas de su vida republicana. Sus historias están ligadas a la labor de uno o varios científicos que, como Raimondi, recorrieron estas repúblicas en cumplimiento de mandatos de los respectivos estados. En Chile destacó Claude Gay. Sobre este científico, ver Sagredo Baeza, Rafael. «El Atlas de Gay y la obsesión por representar Chile». En *Atlas de la historia física y política de Chile*. Tomo I. Santiago de Chile: Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Gobierno de Chile, LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004. Para Colombia, consultar Safford, Frank. *The Ideal of the Practical*. Austin/Londres: University of Texas Press, 1976. Para Venezuela, ver Texera Arnal, Yolanda. *La exploración botánica en Venezuela, 1754-1950*. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, 1991.

5 Véase, por ejemplo, la publicación de Juan Copello y Luis Petriconi, *Estudio sobre la independencia económica del Perú*. Lima: Biblioteca Peruana de Historia Económica, 1971. Si bien este estudio, publicado originalmente en 1876, combina medidas proteccionistas con otras de libre mercado, alerta a su vez sobre la naturaleza finita del guano y la necesidad de emprender el camino de la industrialización nacional.

LA CIENCIA, LOS INSTRUMENTOS DE PRECISIÓN Y EL JUICIO CIENTÍFICO: ENTENDIENDO LA AUTORIDAD DEL NATURALISTA

Uno de los aspectos que se pone en relieve en los trabajos de campo efectuados por Antonio Raimondi fue el uso permanente de los instrumentos de precisión de la época.⁶ Las medidas y registros de su trabajo científico se basaron en una serie de aparatos que ofrecían la precisión necesaria para un mejor entendimiento de los distintos fenómenos de la naturaleza. El uso de estos instrumentos contribuyó sustancialmente al prestigio del juicio de Raimondi, entendido en el imaginario colectivo nacional como la opinión de una «autoridad científica». Si a ello le sumamos su condición de extranjero y de docente universitario, comenzamos a comprender cómo su aura de personaje neutral se veía reforzada en la percepción ciudadana. En el primer volumen de su obra *El Perú*,⁷ el italiano describe cada uno de los instrumentos de precisión que usó, así como la importancia y las limitaciones de las lecturas realizadas con los mismos.⁸ Detalla también los inconvenientes de aquellos que habían sido fabricados teniendo en cuenta la realidad europea y el ingenio con el que tuvo que superar los desperfectos en los lugares más apartados del país para obtener lecturas válidas. Además de las conocidas brújulas y cronómetros, el naturalista italiano viajó equipado de termómetros de precisión; teodolitos; barómetros Fortín, Gay-Lussac y aneroides; hipsómetro; higrómetro; y brújula de minero, entre otros aparatos. A estos se suman otros instrumentos de exploración e investigación, como un binocular, diversas lupas y microscopios. Raimondi incluso estuvo provisto de un laboratorio portátil equipado con reactivos químicos e instrumental básico (por ejemplo, alambiques, balanza de precisión, lámparas de alcohol, crisoles, tubos de ensayo, soplete portátil, etc.). De esta manera, obtenía resultados inmediatos en el campo, lo que contribuía a rápidas conclusiones y una veloz difusión de los resultados, incluso en medios de comunicación de las provincias que visitaba.⁹ Sin duda, esta pericia y productividad científica debió causar especial asombro en las diversas regiones del Perú.

En aquellos años, muy pocos podían interpretar los resultados o siquiera entender la manera cómo funcionaban estos instrumentos, qué fenómenos registraban y, en buena cuenta, cuál era el objeto o utilidad de los mismos, así como el manejo de sus insumos y reactivos. Este instrumental debió llamar poderosamente la atención por su llamativo despliegue en medio de la naturaleza, lo que contribuyó a que la presencia del naturalista

6 Este nuevo tipo de aproximación ha sido denominado ciencia humboldtiana. Ver Faye Cannon, Susan. *Science in Culture: The Early Victorian Period*. Nueva York: Dawson and Science History Publications, 1978, pp. 73-110.

7 Raimondi, Antonio. *El Perú. Parte preliminar*. Lima: Imprenta del Estado, 1874, t. I.

8 *Ib.*, pp. 66-108.

9 Véase, por ejemplo, Raimondi, Antonio. *Análisis de las aguas termales de Yura, aguas minerales de Jesús y aguas potables de Arequipa*. Arequipa: Imprenta de Francisco Ibáñez, 1864.

en el interior de la república no pasara desapercibida. Dichos instrumentos de precisión fueron herramientas para el registro exacto y, a la vez, medios para la certificación de las potencialidades de los recursos naturales peruanos.

A pesar de lo novedoso de su trabajo científico, Raimondi encontró muchas resistencias en los distintos tipos de auditorios con los que alternó. Incluso los análisis más elementales reflejaban la profundidad de estos prejuicios entre su espontáneo e incrédulo público, como bien lo señala la cita a continuación:

Por fin, algunos, viendo al naturalista partir con el martillo un pedazo de roca para estudiar la formación geológica del lugar, creen que su objeto principal sea buscar los metales preciosos. Muchas veces, yo mismo, ocupado en estos estudios, he oído gritarme con una sonrisa burlona en los labios: «¡Señor! Es piedra, no tiene oro ni plata, es inútil que busque usted, es peña bruta». Tratar de convencer a estos individuos del objeto del viaje es predicar en desierto, porque ellos no ven más que el interés pecuniario, no entrando en su mente que se puedan abandonar las comodidades de su casa para ir a pasar trabajos por la investigación de verdad.¹⁰

El despliegue de instrumentos y registros científicos —incomprensible para la mayoría de personas— era más confuso y, por lo tanto, percibido como amenaza potencial para las poblaciones nativas, dada la brecha cultural y la desconfianza que caracterizaba a sus vínculos con el Perú oficial. El mismo Raimondi reseña en sucesivos pasajes de sus escritos la honda impresión que causaban los instrumentos entre la población local y las ventajas o desventajas que aquella conllevaba a su labor científica. Por una parte, la fragilidad de los instrumentos —muchos de ellos, delgados tubos de vidrio que contenían mercurio— dificultaba su adecuada preservación, siendo su transporte a lomo de bestia un reto. Como si no fuera suficiente, la curiosidad que ellos despertaban entre legos inoportunos era motivo de adicionales estragos.

En este contexto, resulta fácil comprender que el uso de instrumentos y las transcripciones de sus registros ocasionaran los mayores desencuentros entre el naturalista y las poblaciones indígenas, especialmente en la sierra. El propio Raimondi cuenta el robo de su libreta de viajes en la provincia de Canas, en el departamento del Cuzco, lo que ocurrió ante el temor de la población local de que los números de las medidas barométricas registrados en la libreta representasen la tasa de un nuevo tributo o la obligación de más reclutas de la comunidad para el servicio militar. Afortunadamente, la libreta fue recuperada por el prefecto del Cuzco, hecho que motiva una reflexión. La fama del científico viajero no alcanzó a todos los rincones ni a todas las poblaciones del Perú, por lo que resulta necesario precisar la dimensión de su prestigio, quiénes lo reconocían y, por lo tanto, entre quiénes caló con mayor fuerza el ímpetu de su mensaje. Es evidente que Raimondi representa el anhelo reformista de una generación de peruanos comprometida con la modernidad

10 Raimondi, *El Perú*, t. I, p. 54.

y el progreso del país, entendido como el bienestar moral y material de la nación. Las reformadas universidades de la época, las élites civiles formadas al amparo de estos claustros, así como su paulatina pero consistente dispersión por el país mediante los órganos del Estado, hicieron de los integrantes de esta generación grandes difusores intelectuales del anhelo del progreso nacional. Bajo su ímpetu reformista y modernizante, el Perú decimonónico comenzaba a moldear su primer intento de autotransformación. En ellos, más que en cualquier otro segmento, fue que la prédica de Raimondi encontró mayor acogida.

LOS VIAJES Y EL CAPITAL DE NUEVOS CONOCIMIENTOS: LIBRETAS Y COLECCIONES

La base primigenia del prestigio social de Antonio Raimondi se cimentó en su doble labor como profesor de la cátedra de Ciencias Naturales de la Facultad de Medicina de San Fernando (de la Universidad de San Marcos) y como naturalista al servicio del Estado. Ambas identidades profesionales encuentran una interesante confluencia en sus exploraciones científicas a lo largo y ancho de la república, a las que se dedicó entre 1851 y 1869 y que le permitieron ser el primer científico que alcanzó a componer una visión completa del Perú. Al amparo de su labor docente, se relacionó con la vanguardia intelectual y política de la capital y con el sector más progresista de la élite provinciana que estudiaba en Lima. Asimismo, su condición de científico viajero comisionado por el Estado estaba respaldada por un eficiente sistema de cartas y credenciales dirigidas a prefectos y autoridades públicas del interior que anunciaban su llegada y le garantizaban múltiples facilidades.

Es relevante el rol como intermediarios que cumplieron muchos de los antiguos estudiantes provincianos de Raimondi, quienes recibieron o recomendaron a sus conocidos atender al naturalista italiano en sus localidades. Semejante situación se dio con prefectos, gobernadores y demás funcionarios públicos por orden del Estado. Esta colaboración fue más allá del apoyo logístico o el simple guiado por el territorio y los recursos de la localidad. En muchos casos, este contacto expresó una coincidencia ideológica que deja entrever el deseo local de insertarse en la dinámica del desarrollo y progreso nacional mediante el uso de los recursos de la localidad certificados por funcionario público, encargado a nombre del Estado de inventariar estas riquezas. No resulta raro que pocos años después, varios de los contactos de Raimondi en el interior del país integraran la red política del Partido Civil en provincias.¹¹

Los testimonios que permiten apreciar la real dimensión de este momento de su trayectoria fueron sus libretas de viaje, verdaderas bitácoras de todos sus registros científicos. Cabe indicar que sus notas estuvieron respaldadas por el uso de los instrumentos de preci-

11 Para una coincidencia entre los facilitadores logísticos de Raimondi y los operadores políticos del Partido Civil, ver Mc Evoy, Carmen. «Estampillas y votos: El rol del correo político en una campaña electoral decimonónica». En Mc Evoy, Carmen. *Forjando la nación: Ensayos de historia republicana*. Lima/Sewanee: Instituto Riva-Agüero/The University of the South, 1999, pp. 119-168.

sión de la época, lo que le permitió caracterizar, medir y cuantificar lo observado, a la vez que obtener resultados inmediatos en el campo.

En simultáneo, el proceso de acumulación de nuevo conocimiento científico sobre el Perú tuvo otra importante expresión: las colecciones naturales de Raimondi. Este fue el corpus razonado de la naturaleza nacional más importante, completo y diverso del siglo XIX. Hacia 1869, año del fin de sus viajes, su colección sumaba miles de especímenes y objetos, los que estaban distribuidos de la manera siguiente:

Etnología	300 objetos
Mamíferos, aves, reptiles, etc.	400 especímenes
Moluscos terrestres y fluviales	1500 especímenes
Moluscos marinos	500 especímenes
Insectos.....	4000 especímenes
Conchas, dientes y huesos fósiles.....	2000 especímenes
Plantas secas.....	20.000 especímenes
Frutos, cortezas, gomas, resinas, etc.	500 especímenes
Minerales y rocas.....	3000 especímenes ¹²

Resulta relevante que estas muestras, fuera de su entorno natural, asuman una nueva identidad como objetos de una colección, al hacerse símbolos de los recursos naturales del Perú. Sin embargo, el nuevo contenido semántico del que aquellas estaban investidas no era accesible a todos. En efecto, su nuevo significado se escondía detrás de nombres en latín y estaba encriptado en componentes químicos, cálculos estadísticos y extrañas fórmulas; o bien las muestras se expresaban gráficamente en novedosos protocolos de dibujo. Esta resignificación era el nuevo paradigma del acto de apropiación de estos recursos como de sus propiedades naturales, cuyas secretas potencialidades eran ahora de dominio de la ciencia y sus códigos exactos. Por tal razón, el Estado, mediante su élite civil, se preocupó en patrocinar la labor de Raimondi y, posteriormente, comprar el íntegro de sus colecciones, así como guardarlas en la Facultad de Medicina hasta que tuvieran una nueva sede acorde con su importancia y que cumpliera con celebrar el mérito de su mejor intérprete: el Museo Raimondi.¹³

12 Carta a Miguel Colunga, Chachapoyas, 1869. En Archivo Museo Raimondi.

13 Ver Villacorta, Luis Felipe. «Antonio Raimondi, la naturaleza y la nación». En *Flora perpetua. Arte y ciencia botánica de Antonio Raimondi*. Lima: Asociación Educacional Antonio Raimondi, 2010, vol. III, pp. 65-101.

LA CIUDAD Y LOS NUEVOS ESPACIOS DE CONSAGRACIÓN REPUBLICANOS

A inicios de la década de 1870, Antonio Raimondi fija su residencia en la capital. Ello coincidió con un período de sensibles cambios políticos. Manuel Pardo, líder del movimiento civilista y soporte de la labor de Raimondi, asume primero la alcaldía de Lima (1869-1870) y luego la presidencia de la república (1872-1876). La capital se convirtió en el escenario para el despliegue de los elementos visibles y las mejoras tangibles de la modernidad que impulsaba la élite reformista nacional en políticas públicas de salud, educación y seguridad, y mediante la innovación en otros campos, como el desarrollo de los suburbios, la monumentalización de los espacios públicos, la viabilidad y el esparcimiento.

En este último caso, se debe destacar el Parque de la Exposición como símbolo del espíritu emprendedor y reformista. La exitosa transformación del agreste y baldío potrero de Matamandanga en un nuevo espacio de socialización y recreación tuvo un propósito moralizador, pues dicho lugar fue entendido como un medio para la difusión de nuevos valores cívicos entre la población. En líneas generales, la idea de las autoridades era adoctrinar a los habitantes de Lima mediante la ejecución de obras públicas como parques y alamedas, incorporándolos física e ideológicamente en la dinámica modernizante que promovía la élite civilista. De este modo, se civilizaba a la naturaleza, pero también a los habitantes de la urbe.¹⁴ En este contexto, el gran parque —y la expansión de la ciudad hacia el sur— representó el triunfo de la modernidad impulsada por Pardo mediante la exitosa y dosificada incorporación de la naturaleza a la ciudad, como demostración de que dicha naturaleza podía ser rápidamente adecuada a las necesidades del hombre civilizado. Para la época, su construcción expresó tanto una inédita capacidad ejecutiva como la materialización de la doctrina modernizante y burguesa de la élite local.

El parque sirvió también como un nuevo escenario de consagración. Prueba de ello fue la Exposición Nacional de 1872, cuyos únicos requisitos de participación fueron el mérito de la inventiva y la condición ciudadana. En este evento, a Raimondi se le entregó la medalla de oro por su exposición de minerales de Ancash, distinción que fue el antecedente de la gran medalla de oro que recibió su muestra de minerales del Perú en la Exposición Universal de París de 1878.¹⁵

14 Para un interesante paralelo con el caso mexicano durante el Porfiriato, ver Walkid, Emily. «Naturalizing Modernity: Urban Parks, Public Gardens and Drainage Projects in Porfirian Mexico City». *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*. XXIII/1 (invierno 2007), pp. 101-107.

15 Para un resumen de la participación del Perú y el rol de Raimondi en la Exposición Universal de París de 1878, ver Villacorta, Luis Felipe. «Los minerales del Perú en la Exposición Universal de París de 1878: Una república periférica en los ojos de la metrópoli». En *Catálogo razonado de Minerales del Perú. Colección Estudios Geológicos y Mineros para la obra El Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007, vol. IV, pp. 15-73.

Resulta revelador que los jardines del Parque de la Exposición fueran el espacio que alojó por primera vez la famosa Piedra de Chavín, reliquia nacional traída a Lima desde lo más profundo del Ande, a sugerencia de Raimondi, y que rápidamente se convirtió en uno de los atractivos principales de su exhibición al aire libre.¹⁶ En este nuevo espacio público, el auditorio limeño cambió espontáneamente el nombre a esta reliquia, pasando a ser conocida desde entonces como la «Estela Raimondi». Asimismo, la gente comenzó a llamar «sabio» al naturalista italiano.

La revisión de nuestro pasado incluyó también aspectos de la historia reciente, cuya conmemoración dejó su impronta en el espacio urbano. Es el caso del monumento al combate del 2 de mayo de 1866, el cual rinde homenaje a sus vencedores en una columna coronada por el ángel del triunfo. Este monumento (y espacio público) consagró por igual los nombres de los caídos —representados por el valeroso José Gálvez— y los de los líderes militares y civiles de la triunfal gesta, haciendo de los sobrevivientes héroes vivos de la sociedad nacional.

La remodelación física del espacio urbano de Lima (incluidos monumentos, parques y alamedas) dio forma a los nuevos escenarios de divulgación de actitudes e ideas modeladas al amparo de la élite reformista civil promotora de estos cambios. La reinención de espacios urbanos y las políticas implementadas en temas como el saneamiento, la salud, el ornato y el esparcimiento, moldearon la nueva esfera pública de la capital.

LA OFICINA DE REDACCIÓN DE *EL PERÚ*

A mediados de 1873, gracias a la protección del gobierno de Pardo, entró en funcionamiento la oficina de redacción de la obra *El Perú*, dependencia liderada por Raimondi y encargada de publicar toda su obra en una serie enciclopédica. En paralelo, se ordenaron mejoras sustanciales en la Imprenta del Estado a fin de cumplir con los requerimientos técnicos de la edición de dicha obra —como la impresión de planos—; el objetivo era que esta serie se imprimiese íntegramente en el país. La oficina de redacción estuvo integrada por un variado y solvente equipo de artistas y técnicos, muchos venidos desde Francia para trabajar bajo la atenta supervisión del naturalista italiano.

Este equipo permitió a Raimondi publicar tres volúmenes de la serie *El Perú* entre los años 1874 y 1880, el primero dedicado al resumen de sus viajes y los dos siguientes a la historia de la geografía del país.¹⁷ A ellos se sumó, en 1878, la obra *Minerales del Perú*. Si bien esta última no formaba oficialmente parte de la serie, Raimondi siempre la consideró

¹⁶ La «Estela Raimondi» llegó a Lima desde Chavín en enero de 1874, siendo trasladada inmediatamente al Parque de la Exposición. Para más detalles, ver Polo, José Toribio. *La Piedra de Chavín*. Lima: Imprenta y Librería de San Pedro, 1900.

¹⁷ Raimondi, Antonio. *El Perú*. Lima: Imprenta del Estado, 1876 y 1880 (tomos II y III, respectivamente).

integrante de ella. Los mencionados volúmenes de *El Perú* fueron los que el naturalista italiano vio en vida y los únicos que respetaron el plan original de publicación, consistente en veinte volúmenes. En simultáneo, los miembros de la oficina de redacción trabajaron arduamente en diversos análisis a las colecciones, así como en la producción gráfica de cientos de dibujos y acuarelas para transformarlos en grabados y mapas que serían insertados en la obra. De la misma manera, la mencionada oficina fue el núcleo catalizador desde donde Raimondi promovía nuevas expediciones oficiales al interior de la república, a la vez que compilaba los últimos reportes de proyectos de caminos, líneas ferroviarias o vías fluviales. Esta dependencia devino en el espacio de acumulación y redacción del nuevo conocimiento científico sobre la república.

La puesta en marcha de las reformas del gobierno de Manuel Pardo (1872-1876) impulsó diversos proyectos cuyo objetivo fue apuntalar la empresa del progreso nacional. Gracias a estas políticas, la presencia del Estado se hizo patente en territorios donde antes había sido inexistente. Raimondi no dudó en poner al servicio de esta causa los esfuerzos de la oficina de redacción de *El Perú*. Fue sin duda el oriente la frontera a conquistar de la mano de la acción civilizadora del Estado decimonónico. Esta política coincidió con una serie de iniciativas de las élites provincianas —como las del Cuzco, Tarma y Chachapoyas—, que veían en la colonización del oriente la ampliación productiva de sus propios *hinterlands* y la manera como formalizar una ruta navegable por los ríos de la cuenca amazónica nacional, lo que permitiría integrar a sus localidades y al Perú al mundo Atlántico.

En este contexto, es interesante analizar los dibujos de la oficina de redacción que registran el proyecto colonizador de la selva de Chanchamayo. En estas ilustraciones, prevalece la imagen de una selva de gran exuberancia y habitada por grupos de apacibles indígenas, propicia para la empresa colonizadora. Esto último se refleja en la serie de imágenes en las que se muestra una floresta amazónica accesible (léase domesticable) gracias a la decidida acción civilizadora del hombre, evidenciada en la construcción de caminos y puentes que dan vida a nuevas poblaciones y haciendas productivas, siempre bajo la promoción y vigilancia del Estado, que es representado en la avanzada militar del fuerte San Ramón. Se observan casas de buena factura vecinas a amplios y prósperos campos de cultivo; así, se presenta de forma auspiciosa la cotidianidad de la vida de los colonos. Estas imágenes tienen un marcado tono épico, pues presentan a la república nuevos territorios ganados a la selva para el progreso de los hijos de la nación. Con ellas se justifican las políticas asumidas por el Estado y la integración de nuevos territorios al seno de la república mediante el uso de tecnologías de vanguardia, la promoción de la inmigración y la colonización de la selva.¹⁸

¹⁸ El Museo de Arte de Lima conserva en sus archivos una importante colección de estos dibujos, los mismos que fueron donados a esta institución por el doctor Félix Denegri Luna.

La política de colonización de la selva fue parte de una estrategia más amplia que consideró múltiples excursiones científicas al oriente con el objetivo de integrar esta región al resto del país.¹⁹ Estas misiones, junto con la ocupación productiva de dicha zona por parte de colonos con sólidos vínculos con el Estado y sus élites dirigentes, eran parte de un modelo que el Perú compartía con otras naciones americanas, las cuales renovaban y consolidaban —de la mano de la ciencia, la colonización y el desarrollo productivo— los derechos sobre sus territorios menos conocidos y más remotos. No en vano la bandera del Perú aparece como símbolo común en varios de los grabados de la obra de Raimondi, como aquellos que dan cuenta de las rutas navegables en lo más recóndito del oriente del país.

LA GUERRA CON CHILE Y LA OCUPACIÓN DE LIMA

La guerra con Chile significó un punto de quiebre para la oficina de redacción y el trabajo de Raimondi en general. En un inicio, la guerra implicó una digresión en el plan de trabajo original del equipo, ya que la oficina se dedicó a la elaboración del mapa del teatro de la guerra, es decir, la confección de la cartografía de la región de Antofagasta y Tarapacá. Esta labor fue cumplida rápida y eficientemente por el equipo de Raimondi, y el mapa fue entregado al propio presidente Mariano Ignacio Prado en el cuartel general del ejército del sur en Arica.²⁰ Fue el mismo presidente quien agradeció al naturalista italiano, en carta del 19 de octubre de 1879, la llegada de este mapa. En la misma, Prado atiende el pedido de Raimondi de continuar con la ayuda que el Estado prestaba a la expedición a los ríos orientales que llevaba a cabo el ingeniero Arturo Wertheman. En este momento de la guerra, y gracias a estos documentos, se ponen en evidencia tres factores: el primero es la utilidad práctica del conocimiento científico alcanzado por Raimondi sobre el territorio nacional y su rol de compilador exclusivo de este nuevo conocimiento. El mapa del teatro de la guerra ponía al alcance del ejército nacional la labor cartográfica realizada en el desierto de Atacama por el ingeniero Pedro Hoogsgaard, el cual, entre 1873 y 1874, fue comisionado por Manuel Pardo para recorrer las salitreras de Bolivia y el Perú a fin de evaluar las condiciones de producción y exportación del salitre en territorio nacional y boliviano. En el epistolario que se conserva, es evidente que Raimondi fue el enlace entre Hoogsgaard y Pardo. El segundo factor es que el mapa del teatro de la guerra pone de manifiesto, como su nombre lo indica, la percepción del escenario del conflicto, cuya extensión a otras partes del Perú no era imaginable en sus inicios. Y el último factor es que el pedido de Raimondi a Prado por continuar las expediciones en el oriente pone de manifiesto que el verdadero foco de interés de las exploraciones oficiales era esa región del país, ya que se tenía la idea de integrarnos, mediante los ríos amazónicos, al mundo Atlántico.

19 Destaca la labor del almirante John Tucker, quien estaba al servicio de la armada peruana en el oriente del país. Ver Werlich, David P. *John R. Tucker. Almirante del Amazonas*. Lima: Asociación de Historia Marítima y Naval, 2010.

20 Ver Archivo Museo Raimondi, Código G-366.

Sin embargo, el rumbo desfavorable de la guerra cambió rápidamente todo este escenario. Diezmada la flota peruana, vencido el ejército del sur, la capital se preparó para resistir la invasión de las tropas chilenas. En enero de 1880, Raimondi comprende la real dimensión de la situación de emergencia por la que atravesaba el Perú y señaló que «en las actuales circunstancias, en que todas las fuerzas del país deben ser empleadas para combatir al enemigo, he juzgado que sería imprudente de mi parte exigir mayor celeridad en la publicación de mis trabajos».²¹ Pocos meses después, entre agosto y noviembre de 1880, Raimondi cumplió con encargos de la Subsecretaría de Guerra, como verificar la calidad de la pólvora de nuestra artillería ante sus constantes falencias, o bien analizar los restos de cañones de fundición local para encontrar las causas por las que habían quedado inservibles al primer tiro.

En previsión de la inminente invasión de Lima, el naturalista tramitó una cédula de identidad que lo acreditara como ciudadano italiano. Además, obtuvo la autorización del Estado para trasladar en custodia todas sus colecciones de la Facultad de Medicina a su casa con el objeto de evitar que fueran capturadas por las fuerzas sureñas. Ya a mediados de 1880, la guerra comenzó a hacer estragos en el solvente equipo de Raimondi. Constantino Yelski, naturalista en comisión de la oficina de redacción, regresó a Europa porque le era imposible mantenerse ante la depreciación de la moneda como consecuencia del curso desfavorable del conflicto.

Luego de las batallas de San Juan y Miraflores, y del incendio de Chorrillos, en el que Raimondi perdió la casa que tenía en esta localidad, llegó el difícil momento de la ocupación chilena de Lima. En agosto de 1881, en un esfuerzo desesperado por mantener la cohesión de la oficina de redacción, insistió en su propósito de proveerse de recursos ante el gobierno de la Magdalena. A pesar de que esta gestión fue «atendida» por el presidente Francisco García Calderón, ninguna ayuda se hizo efectiva. En diciembre de 1883, el naturalista italiano dirigió una conmovedora carta al entonces presidente Miguel Iglesias a fin de exhortarlo a continuar financiando la publicación de la serie enciclopédica sobre el Perú, pero no obtuvo respuesta. En otro documento de la misma época, Raimondi señaló que al grabador francés Víctor Ravillón se le adeudaba parte de los sueldos de 1880 y la totalidad de aquellos de 1881 y 1882. Poco tiempo después, el grabador francés murió en un hospital en el mayor de los desamparos.

En simultáneo, el ejército chileno usaba como cuarteles todas las sedes emblemáticas de orden académico y de gobierno de la capital, incluyendo aquellos edificios que pocos años antes consagraron la aventura burguesa de los limeños. Los instrumentos, las bibliotecas, las colecciones y el mobiliario de estas dependencias desaparecieron a manos de las fuerzas de ocupación. El Museo Raimondi, aquel proyecto destinado a alojar las colecciones naturales del científico italiano y perpetuar su nombre, como símbolo del agrade-

21 Archivo Museo Raimondi, Borrador de carta, sin referencia.

cimiento nacional, quedó inconcluso bajo la forma de tímidos cimientos en un espacio vecino a la Facultad de Medicina y el Jardín Botánico de Lima. De esta manera, todos los materiales, la bibliografía, las colecciones, el instrumental técnico y los demás útiles puestos al servicio de lo mejor de la inteligencia nacional para el emprendimiento y el proyecto modernizante de la república, pasaron a manos del ejército invasor y, por medio de ellos, a las élites vencedoras. Asimismo, los símbolos monumentales de la aventura burguesa nacional instalados en la capital fueron utilizados conscientemente por las tropas de ocupación como cuarteles, establos y alojamientos. En suma, los recursos y logros recientes de la inteligencia, el arte y la ciencia nacionales fueron saqueados y/o destruidos en beneficio del ejército y la nación chilenos.

Sin embargo, hubo un importante recinto de este período de auge que se salvó del saqueo. Como dijimos, meses antes de las batallas de San Juan y Miraflores el naturalista italiano obtuvo el permiso del Estado para trasladar todas sus colecciones de la Facultad de Medicina a su casa, donde ocuparon los tres ambientes más grandes. Durante el período del gobierno chileno en la capital, la vivienda de Raimondi enarboló la bandera italiana, lo que salvó del saqueo el trabajo de toda su vida. Se sabe, por testimonio de Emiliano Llona, principal promotor de la continuidad de los trabajos de Raimondi en la posguerra, que el científico italiano recibió ofertas por sus colecciones de emisarios chilenos.²² No obstante, más allá de si estos pedidos fueron ciertos o no, la feliz circunstancia de que estas colecciones se mantuvieran intactas y en el Perú fue razón suficiente para un nuevo motivo de admiración y agradecimiento ciudadano para con Raimondi. De esta manera, el antiguo intérprete de los recursos naturales del país, aquel que reinventó —de la mano de la ciencia— el mito de la riqueza peruana, asumió ante los ojos de la opinión pública la tarea de celoso guardián de las muestras que simbolizaban esta riqueza durante el período más sombrío y difícil del Perú decimonónico.

Esta lectura adquiere una connotación especial si consideramos, además, el esfuerzo intelectual desplegado en los sutiles pero poderosos estudios que Raimondi publicó en los *Anales de la Escuela de Construcciones Civiles y de Minas del Perú*, lo que hizo como señal de una esperanza inquebrantable en el futuro del país a pesar de encontrarse en su hora más complicada. Durante el tiempo de la ocupación, o inmediatamente después de ella, destacan títulos como «Apéndice a los minerales del Perú» (1880), «Aguas minerales del Perú» (1882), «Minas de oro de Carabaya» (1883), «Aguas potables del Perú» (1884), «Minas de oro del Perú» (1886 y 1887) y «Mapa de las provincias auríferas de Carabaya y Sandia» (1887).

Resulta evidente el esfuerzo de Raimondi por presentar diversos recursos naturales del Perú, especialmente los auríferos, como los instrumentos para la revitalización del país de

22 Llona, Emiliano. *La obra de Raymond. Colección de artículos publicados en "El Comercio de Lima"*. Lima: Imprenta de Peter Bacigalupi y Cía., 1884.

la posguerra. Para ello, el naturalista italiano recurre a la definición más primaria —pero más extendida— de la riqueza, aquella expresada en el valor incorruptible y permanente del oro. Sin embargo, va más allá en su apreciación al presentar esta información en un detallado mapa de las provincias de Carabaya y Sandia, ubicando todos los yacimientos auríferos a orillas de sus ríos. Aquí Raimondi juega también con el imaginario popular nacional, al hacer cierto un lugar común muy extendido en Occidente: la fábula del mapa del tesoro. De esta manera, y por medio de su publicación postrera, el Mapa del Perú,²³ Antonio Raimondi presenta una imagen cartográfica del país, donde los peruanos reafirmamos la propiedad (y la conciencia) sobre nuestro territorio y nuestros recursos naturales, elementos que son vistos como esenciales para el desarrollo nacional. A pesar de ser publicado en un período de emergencia, el naturalista italiano se reafirma en los paradigmas modernizantes del civilismo e incorpora en su cartografía las provincias de Tacna y Arica, como expresión del anhelo ciudadano y —en ese tiempo— la misión nacional de restituir estos territorios al seno de la patria. Asimismo, la pluma y la obra cartográfica de Raimondi en la posguerra se reafirmaron en difundir la promesa de un país próspero gracias a la reserva y el uso productivo de sus recursos naturales. El aporte del científico italiano, entonces, puede resumirse en una acción consciente de apropiación de los recursos y el territorio peruanos en genuina representación de la república y de sus ciudadanos. Por último, se puede señalar que los recursos naturales cuya existencia Antonio Raimondi difundió y que consideró como la base del desarrollo nacional durante la preguerra, se reinventaron y se constituyeron, después del conflicto con Chile, en aquellos que garantizarían la reconstrucción nacional con miras al siglo XX.

23 *El Mapa del Perú* de Antonio Raimondi fue publicado en París entre 1887 y 1897. Para más detalles, ver Villacorta, Luis Felipe (ed.). *Terra nostra. Antonio Raimondi y la cartografía del rumbo de la república*. Lima: Asociación Educacional Antonio Raimondi, 2012.

«UNA SOLA Y GRAN CIUDAD»: LA TRADICIÓN LETRADA
EN LA OBRA DE FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN*



Aspiro más que nada a escribir libros, asegurar el futuro
y vivir en paz y dignidad.

Carta de Francisco García Calderón a José de la Riva-Agüero
(París, 13 de junio de 1911)

El 22 de diciembre de 1947, Francisco García Calderón dio la conferencia que marcó el fin de su carrera profesional. En lo que fue una suerte de obituario en memoria de José de la Riva-Agüero, el escritor arequipeño compartió con la pequeña audiencia congregada en la casona limeña de Lártiga su personal y rica experiencia con ese humanismo clásico cuyo proyecto ordenado y racional agonizaba en Europa. En la reveladora pieza oratoria publicada como un folleto en 1949,¹ no faltaron ni la nostalgia, ni la erudición, ni el humor, ni la sutil reprimenda a todos los que se negaron a reconocer las cualidades de aquel a quien Luis Alberto Sánchez catalogó como «la reencarnación del erudito renacentista». Y es que la conferencia dictada por García Calderón en el Instituto Riva-Agüero, además de ser un sentido homenaje al entrañable compañero de intensas jornadas intelectuales, fue también la lúcida constatación de la inaplicabilidad de aquel proyecto que ambos acariciaron a lo largo de varias décadas. No sorprende entonces el descubrir que después de la despedida pública a Riva-Agüero, que fue en realidad el preludio de su propia muerte civil, García Calderón se sumergiera, al igual que su admirado Hölderlin, en esa locura de la que no pudo escapar jamás.

La frustración y el desencanto ante la constatación de la imposibilidad de un proyecto ideológico específico es una experiencia que ha marcado persistentemente a los círculos intelectuales latinoamericanos. Un desgarramiento similar al de García Calderón fue el experimentado durante los últimos meses de su vida por Simón Bolívar, a quien, en la magistral descripción de Gabriel García Márquez, vemos transitando a través de un laberinto de imágenes fragmentadas. Una desazón muy similar ante lo contingente fue

* Una versión anterior de este ensayo apareció en Aguirre, Carlos y Carmen Mc Evoy (eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto Riva-Agüero, 2008, pp. 303-333.

1 García Calderón, Francisco. *José de la Riva-Agüero. Recuerdos*. Lima: Imprenta Santa María, 1949.

la que sintió el ideólogo rivadaviano Bernardo Agüero, quien durante su exilio mataba el tiempo leyendo el *Elogio a la locura* de Erasmo. La desilusión de José María Samper o la inquietud de José Vasconcelos y Víctor Andrés Belaunde, que condujo a estos dos últimos a refugiarse en su fe religiosa, encontraron otras soluciones (como el suicidio) que buscaron amortiguar el peso de la historia. Lo emblemático del caso de García Calderón es que este escritor vivió las limitaciones y contradicciones de su apuesta intelectual en el centro cultural del pensamiento occidental. Así, mientras otros colegas suyos se empeñaban por labrarse un espacio y un nombre en París, fungiendo incluso como guías turísticos de la ciudad,² García Calderón logró acceder a los círculos más exclusivos del *establishment* intelectual francés. Fue allí donde se codeó, como se encargó de recordarlo en varias oportunidades, con la crema y nata de la intelectualidad europea. Paradójicamente, fue también en la «Ciudad Luz» donde el peruano constataría las limitaciones de su opción de vida, junto con el derrumbe estrepitoso del modelo cultural que pretendió trasladar a América Latina.

LA FORMACIÓN DE UN IDEÓLOGO

Francisco García Calderón (1883-1953) fue un intelectual periférico que asistió como testigo de excepción a la profunda crisis del proyecto cultural que nació en Europa como producto del humanismo renacentista, tuvo su momento de gloria en la Ilustración, mostró sus pretensiones totalizadoras con el credo positivista, para intentar, finalmente, renacer con nuevos bríos en lo que Émile Boutroux junto con Henri Bergson denominaron «la evolución creadora». Esta noción sirvió de modelo para *La creación de un continente*, el sofisticado ensayo que el discípulo peruano escribiera entre 1911 y 1912 en París.³ Una serie de eventos fundamentales —como el surgimiento de la sociedad de masas, el comunismo, el anarquismo y el estallido de las dos guerras mundiales— echaron por la borda esa apuesta por la unidad, la síntesis, el orden y la armonía que el escritor arequipeño publicitó desde las páginas de sus escritos. Si bien la ausencia de una clase social capaz de sustentar su proyecto ideológico debió de resultar sumamente frustrante, lo más problemático fue la fragilidad del proyecto en sí, además del momento histórico en el que aquel se gestó.⁴ Con respecto a lo anterior, explorar el itinerario ideológico de García Calderón en Europa permitirá echar algunas luces sobre su proyecto y el contexto histórico en el cual surgió. Y es que la propuesta de García Calderón —quien además de plantear un proyecto ideológico para el Perú y para Latinoamérica, pugnaba también por lograr una autonomía como intelectual moderno en París— exhibió como líneas matrices una serie de elementos que dejaban de ser válidos en un mundo que no solo se dirigía a un sinnúmero de cambios acelerados,

2 Darío, Rubén. «El deseo de París». *La Nación* (Buenos Aires), 6 de octubre de 1912.

3 García Calderón, Francisco. *La creación de un continente*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001.

4 Flores Galindo, Alberto. «Francisco García Calderón: profesor de idealismo». En Flores Galindo, Alberto. *Tiempo de plagas*. Lima: El Caballo Rojo Editores, 1988, pp. 39-45.

siendo el más importante el cuestionamiento de los modelos absolutos, sino que comenzaba a privilegiar a la violencia como un eficaz medio de comunicación social.

En su postrero elogio tributado a Riva-Agüero, García Calderón describió a su compañero de estudios de La Recoleta como un hombre de «estirpe». Lo anterior era el reconocimiento público a esa afinidad cultural entre «los hombres bien nacidos» a los que su padrino de bautizo, Domingo Faustino Sarmiento, alguna vez se refirió. Eran los miembros de ese pequeño y exclusivo círculo (cuyas características culturales fueron varias veces definidas a lo largo de la historia latinoamericana) los capaces de guiar al resto por la senda de la civilización y del progreso. Siguiendo el modelo clásico de la Antigüedad, el escritor arequipeño afirmaba que contra «los niveladores apresurados», las democracias griegas contrapusieron la «excelencia de las estirpes nobles». Los «*aristoi* eran los *agatoi*», es decir, los buenos y —en algunos casos— los hermosos.⁵ Por lo anterior, y por mucho de lo expresado en sus escritos, es posible rastrear la genealogía intelectual de Francisco García Calderón hasta aquellos letrados descritos de manera brillante por Ángel Rama.⁶ La fuerza de los mismos, cuyo origen en Latinoamérica se remonta a los años de la Colonia, residió en su estrecha asociación con la palabra escrita, con la ciudad y con el poder.⁷ En «la república de las letras» hispanoamericana, sobre la cual García Calderón escribió sesudos análisis, la escritura asumió una autoridad muy especial. Ella tuvo la responsabilidad de extender su dominio sobre la contingencia y la anarquía de una sociedad donde la representación estaba referida al caos, a la oralidad, a la naturaleza y a la barbarie. Entre el mundo de las letras y el proyecto modernizador, que encuentra en la escritura un modelo de racionalidad y un repositorio de ideas ordenadoras, existe una relación no solo similar, sino de identidad muy profunda.⁸

García Calderón se encargó de recordar a sus lectores su genealogía letrada y su asociación a un modelo cultural cuyos principios y prácticas defendió vehementemente a lo

5 García Calderón, José de la Riva-Agüero, p. 22.

6 Rama, Ángel. *The Lettered City*. Traducción de John Chasteen. Durham/Londres: Duke University Press, 1990.

7 Desde la etapa colonial, en la que la idea de la «república platónica» arribó a América, sus ciudades requirieron de un grupo social de especialistas. El rol de estos fue ejercer un dominio casi absoluto sobre el universo de los signos, organizándolos al servicio del monarca. Así, las capitales virreinales dieron cabida a una multitud de administradores, educadores, profesionales, notarios, personal religioso y otros expertos en asuntos relacionados con la pluma y el papel. En la colonización se dio por primera vez el uso de la comunicación de masas. En este contexto, un grupo de letrados alcanzó un grado de relevancia social debido a una función asociada a la prescripción de un orden para el mundo físico, la construcción de normas de vida para la comunidad y la limitación de la innovación y de la espontaneidad social. Sin embargo, mientras que la «ciudad de las letras», bajo el control letrado, operaba en el campo de los significantes, constituyendo un sistema casi autónomo, la sociedad de las realidades sociales operaba en el campo de la gente y los objetos, provisionalmente aislada de la cadena de significantes lógicos y gramaticales de los letrados (Ib., pp. 16-22).

8 Ramos, Julio. *Divergent Modernities: Culture and Politics in Nineteenth Century Latin America*. Durham/Londres: Duke University Press, 2001, p. 41.

largo de su vida. Ya fuera en el título de su libro *Di Litteris* (un homenaje al mundo de las letras hispanoamericanas); en la dedicatoria que en *La creación de un continente* hiciera a su bisabuelo, Lorenzo García Calderón (un representante por Arequipa en las Cortes de Cádiz en 1812); o en las discusiones en torno a «los aventureros de la inteligencia» (como Sarmiento, Montalvo y Alberdi), García Calderón puso en evidencia su respeto por una tradición a la que intentó incorporarse. En suma, García Calderón y Riva Agüero pretendieron emular a los hombres de leyes, pero también a los de la pluma ágil, como el padre del primero —quien antes de acceder a la presidencia de la república redactó el primer diccionario sobre legislación peruana—.

Debido a su labor diplomática en las legaciones peruanas de París, Londres y Bruselas, Francisco García Calderón puede ser catalogado como un intelectual «bajo la sombra del Estado».⁹ El comportamiento del escritor arequipeño entre 1919 y 1930 muestra, sin embargo, un claro intento por tomar distancia de un patronazgo cuya inconsistencia no le proveía de la estabilidad que él deseaba. La exploración de las posibilidades de convertirse en un intelectual moderno, que se evidencia en la permanente búsqueda de una dedicación a tiempo completo al mundo de las letras, fue una de las constantes preocupaciones de García Calderón. En su correspondencia cursada con Riva-Agüero, el tema de su independencia económica, así como también el deseo de hacerse de «un nombre» en Francia —lo que estimulaba su «imaginación de continuo»—,¹⁰ serán subrayados de manera constante. Ante la propuesta de Ricardo Palma para que se hiciese cargo de la Biblioteca Nacional, lo cual dejaba entrever algunas de las ventajas que tradicionalmente el Estado proveía a los letrados,¹¹ García Calderón puso de manifiesto su deseo de proseguir con su carrera diplomática. La razón era que esta le brindaba «independencia» para «sus estudios», una «posición» y «relativa holgura». Como una suerte de plataforma invisible, la diplomacia le aseguró, como a muchos otros intelectuales latinoamericanos, el tiempo y los medios necesarios para labrarse un futuro como escritor.¹²

Para principios del siglo XIX, el campo literario hispanoamericano había desarrollado sus propios aparatos discursivos, emancipándose del tradicional confinamiento de las

9 Este concepto ha sido acuñado por Miller, Nicola. *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth Century Spanish America*. Londres/Nueva York: Verso, 1999.

10 Cartas de Francisco García Calderón a José de la Riva-Agüero (en adelante FGC y JRA, respectivamente), París, 22 de septiembre y 26 de octubre de 1910. En Riva-Agüero, José de la. *Epistolario: Fabián-Guzmán*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1999, pp. 677-679.

11 «El puesto tiene buen sueldo, el trabajo es poco, el honor es grande y la tranquilidad completa. De ahí te puedes encaminar sosegada y seguramente a los decanatos, al rectorado de la universidad y a todo lo demás que vendrá por añadidura». Carta de JRA a FGC, Lima, 15 de enero de 1905. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 605.

12 Carta de FGC a JRA, París, 29 de febrero de 1908. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 638. Para la conexión entre la diplomacia y mundo de las letras en Latinoamérica, ver Miller, *In the Shadow of the State*; y Sánchez, Luis Alberto. *Balance y liquidación del Novecientos: ¿Tuvimos maestros en nuestra América?* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968, pp. 76-78.

letras y de la clase de los letrados. Lo que ocurrió en realidad fue el gradual desencuentro entre el mundo de las letras y aquellas instituciones que le habían provisto de autoridad social.¹³ Este desarrollo se hace más evidente a mediados del siglo en escritores como Eugenio María de Hostos, para quien la conquista del poder estaba asociada a la obtención de un reconocimiento y de un renombre literario. El proceso significó, básicamente, la evolución del escritor hasta el estadio del «hombre lógico», quien debía prevalecer por la educación y continuar su modernización, en oposición a la Iglesia y al enciclopedismo de los letrados ilustrados. Sin embargo, hasta el último cuarto del siglo XIX la relación entre el mundo de las letras y la esfera pública, en general, no fue considerada un problema. En las sociedades recientemente emancipadas, escribir era una práctica racionalizadora, autorizada por el proyecto de consolidación estatal. La relación entre la esfera pública y el mundo de las letras se problematizó recién a partir de las últimas dos décadas del siglo XIX. En efecto, la función que Ángel Rama le asigna al «pensador» (la de ser una suerte de intelectual orgánico del Estado) se irá difuminando para dar paso al escritor moderno. Así, los escritores de principios del siglo XX, entre los que se encuentra García Calderón, pueden definirse como modernos no porque fueron los primeros en trabajar ideas, sino porque ciertas prácticas intelectuales, especialmente aquellas ligadas a la literatura, comenzaron a establecerse fuera de la política y frecuentemente, aunque no siempre, en oposición al Estado, el que luego de racionalizar y autonomizar su territorio discursivo, pudo finalmente prescindir de sus antiguos socios culturales.¹⁴

García Calderón, por medio de sus escritos, muestra la voluntad de obtener su autonomía respecto del campo de la política, dentro del cual habían operado tradicionalmente los letrados. Al igual que José Martí en Nueva York,¹⁵ García Calderón buscó en París su independencia mediante su incorporación a un mercado literario emergente, lo cual buscó priorizar frente al dominio de las instituciones estatales. El espacio del mercado literario reemplazó a la ciudad letrada del pasado. Cabe subrayar, sin embargo, que a pesar de esta suerte de trasnacionalización del espacio letrado, evidente en la sustitución de Lima por París, el escritor arequipeño no terminó de prescindir del apoyo del Estado peruano, al cual sirvió como diplomático durante muchos años. Lo anterior colaboró en propiciar la ambigüedad que lo acompañaría a lo largo de su vida. Dicha ambigüedad, como veremos más adelante, tuvo una de sus expresiones más elaboradas en su participación indirecta en la política peruana por medio de su alter ego, José de la Riva-Agüero. Y es que en la

13 Este argumento es uno de los que articula el libro de Ramos, *Divergent Modernities*, donde el autor intenta marcar su distancia con la visión lineal del comportamiento de los letrados, propuesta por Rama. Una constatación empírica de la propuesta de Ramos puede verse en Mc Evoy, Carmen. «Seríamos excelentes vasallos y nunca ciudadanos: Prensa republicana y cambio social en Lima, 1791-1822». En Jaksic, Iván (ed.). *The Political Power of the Word: Press and Oratory in Nineteenth Century Latin America*. Londres: Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 34-63.

14 Ramos, *Divergent Modernities*, p. 42.

15 *Ib.*, pp. 83-87.

producción de García Calderón se observa, por un lado, la tendencia a la autocensura por su cargo de burócrata del Estado peruano, y por el otro, la posibilidad de contar con el privilegio de una innegable independencia intelectual, debido a la distancia geográfica e idiomática desde la cual generó sus ideas.¹⁶ En esta situación de transición, las líneas maestras de su pensamiento no estarán digitadas por el Estado peruano, aunque es innegable que, como intelectual, García Calderón dependerá de su patronazgo para poder escribir.

EL AMBIENTE INTELECTUAL PARISINO

Bautizada por García Calderón como «la gran ciudad intelectual»,¹⁷ París fue el lugar en donde el joven peruano se propuso explorar sus posibilidades de convertirse en un escritor internacional. Y es que París estaba dentro de la imaginación de los jóvenes escritores latinoamericanos.¹⁸ A pesar de que los más experimentados guardaban sentimientos ambivalentes frente a la «Ciudad Luz», el flujo de aquellos que aspiraban a un reconocimiento más amplio se acrecentó durante los años de la *Belle Époque*. En «El deseo de París», un artículo publicado en 1912 en el diario *La Nación*, Rubén Darío advertía respecto de lo difícil que era para un escritor latinoamericano vivir en aquella moderna Meca intelectual. Era muy triste —opinaba el poeta nicaragüense— morir de hambre, de sed y de soledad en un medio en que el «champán y los besos» se encontraban «al alcance de los labios». En París, escritores latinoamericanos talentosos ejercían los oficios más humildes con la finalidad de obtener «un franco y veinticinco centavos», que era el precio de una modesta comida diaria. Privaciones en hoteles de tercera categoría, la frialdad de la población local, sueldos ínfimos, escasas posibilidades de trabajo y dificultades en la comunicación eran algunos de los motivos por los cuales Darío recomendaba no ir detrás de la quimera parisina, la cual —la mayoría de las veces— solo conducía al suicidio o a la terrible humillación de una repatriación forzada. Sin embargo, Darío también era consciente de que sus consejos no aquietarían la obsesión de centenares de jóvenes escritores por triunfar en la «Ciudad Luz»,¹⁹ urbe que, asociada en la imaginación a la Florencia renacentista y a la Viena decimonónica, y envuelta en un halo de permanente euforia, repitió el modelo cultural de aquellas ciudades mágicas creadoras de belleza que habían seducido desde siempre

a los artistas y escritores. La mecenas norteamericana Gertrude Stein opinaba que «París era el centro de la experimentación y vivir entre los franceses era una gran ventaja para los espíritus creadores». Friedrich Nietzsche creía que la capital francesa era el único hogar del artista en Europa. La «maravillosa inquietud» que se respiraba en París era uno de los signos más evidentes de que ahí se vivía, de acuerdo con Maurice Ravel, un período de enorme «fertilidad». No obstante, Antoine de Saint-Exupéry no coincidía con el entusiasmo en torno a una ciudad que, ante sus ojos, era terriblemente «claustrofóbica».²⁰

La capital francesa, que recibió en 1905 a Francisco García Calderón, se encontraba atravesando las consecuencias inmediatas de una profunda revolución intelectual. Entre 1890 y la Primera Guerra Mundial, sus círculos intelectuales intentaron reivindicar aquellos valores ligados a la imaginación que habían sido rechazados por sus predecesores. Vale la pena recordar que después del fallecimiento de Nietzsche, muchos escritores europeos, entre ellos los franceses, se abocaron en la tarea de sistematizar los conceptos que habían sido rescatados por el heredero de Schopenhauer, como la fuerza del inconsciente y el papel de las minorías heroicas.²¹ Las nuevas tendencias, entre ellas la bergsoniana (de la que García Calderón se nutrió), fueron dirigidas contra las ideologías puras y contra el pensamiento abstracto del siglo XIX. La crítica mayor recayó sobre el positivismo, al que se le acusó de analizar el comportamiento del hombre en términos de analogías obtenidas de las Ciencias Naturales. Debido a su asociación con el darwinismo, el positivismo derivó hacia un fatalismo científico que dejaba muy poco espacio para el accionar humano.

La discusión, que tenía un corte revisionista y que celebraba el universo de las emociones, de los sentimientos y de la intuición, trascendió al mundo de las élites e influyó la agitación popular que caracterizó a la época. A partir de 1890, y teniendo como marco las disputas originadas como consecuencia del caso Dreyfus,²² los intelectuales franceses iniciaron la exploración de las motivaciones irracionales de la conducta humana. El ambiente promovió un marcado interés por el mundo del inconsciente, lo ilógico, lo incivilizado y lo inexplicable, todo ello enmarcado dentro de un proceso que intentaba, básicamente, exorcizar lo irracional. Es otras palabras, se buscaba canalizar las fuerzas inconscientes para dirigir las a propósitos constructivos.²³ Stuart Hughes observa que esta tendencia, lejos de ser puramente irracionalista, puede verse como una manera de reivindicar el derecho de

16 En una de sus cartas, García Calderón mencionaba que le hubiera sido casi imposible escribir con la misma «imparcialidad» en el Perú. Ahí el único con la «independencia necesaria» para escribir lo que se le antojaba era su amigo y corresponsal Riva-Agüero. Para esta discusión, ver cartas de FGC a JRA, París, 19 de noviembre de 1907 y 13 de abril de 1910. En Riva-Agüero, *Epistolario*, pp. 635 y 667, respectivamente.

17 Cartas de FGC a JRA, París, 30 de mayo de 1906 y 15 de octubre de 1909. En Riva-Agüero, *Epistolario*, pp. 606 y 658, respectivamente.

18 García Calderón observaba que a pesar de que los pueblos de América Latina se desconocían entre sí, París era «su capital intelectual», donde se reunían «poetas, pensadores y estadistas» latinoamericanos. Para este comentario, ver García Calderón, Francisco. *Las democracias latinas de América*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, p. 350.

19 Darío, «El deseo de París».

20 Cronin, Vincent. *Paris: City of Light*. Glasgow: Harpers Collins Publishers, 1994, pp. XVI-XVII.

21 Los filósofos franceses de fin de siglo recibieron los escritos de Nietzsche con gran interés, a pesar de los fundamentos kantianos y neokantianos que prevalecían dentro del *establishment* intelectual francés. Para la intensa relación entre el filósofo alemán y sus seguidores en Francia, ver Le Rider, Jacques. *Nietzsche en France: de la fin du XIXe siècle au temps présent*. París: Presses Universitaires de France, 1999.

22 Para una aproximación a este punto, ver Cahm, Eric. *The Dreyfus Affair in French Society and Politics*. Londres/Nueva York: Longman, 1996.

23 Hasta Sorel, el irracionalista por excelencia, se planteó como meta la creación de una fórmula que pudiera ser adaptada al nuevo mundo de la lógica industrial y del maquinismo. Para una aproximación a la vida y obra de Sorel, ver Portis, Larry. *Georges Sorel*. Londres: Pluto Press, 1980.

la razón, constreñido por un positivismo radical. Disgustados con el frío determinismo prevaleciente, un grupo de intelectuales —con los que García Calderón se identificó— buscaron restaurar la función de la mente libre y especuladora.²⁴ La radicalización de una tendencia cuya manifestación más extrema abrazó sin ambages el mundo de las pasiones implicó, de acuerdo con uno de sus mayores críticos, una creciente politización de los círculos intelectuales franceses. La universalización y el perfeccionamiento de las pasiones políticas, y su «organización» por parte de los académicos franceses, se convirtieron en una de las mayores «traiciones de los intelectuales». Dicha traición, que exhibió entre algunas de sus características la exaltación del nacionalismo y del odio de clases, estaba relacionada con el alejamiento de los intelectuales de su tradicional ministerio espiritual.²⁵

Para el joven García Calderón, quien a diferencia de los noveles escritores descritos por Rubén Darío gozaba de un sueldo en la Legación del Estado peruano, París «superaba todos los encantos» y era grande en «cualquier género de placeres», especialmente «el intelectual». El «talento» en Francia era, en sus palabras, «endémico». A los «periódicos» repletos de «ingenio» y a Bergson, Poincare, Boutroux, Fouille, Quinton y Le Bon, se les unían «sabios» como Curie y Becquerd. En las letras francesas, el drama revivía «soberbiamente» al tener como críticos a «Lemaitre, a Facquet, a Remy de Gourmont» y como novelistas a «France, a Bourquet y a Barres».²⁶ Dentro del contexto anterior, uno de intensa vitalidad en la esfera pública, no sorprende descubrir que muchos de los artículos de García Calderón fueran redactados en las mesas de los cafés parisinos, los que se convirtieron en permanentes espacios de ilustración.²⁷ En una comparación entre la capital francesa y la británica, García Calderón observaba «lo latino y lo adorable» de París «por mil aspectos únicos» de «arte, de inteligencia y de belleza». Londres era, a su entender, una «ciudad de negocios, pesada y monótona», donde no existía ni «belleza ni gracia» y donde la virtud era algo «hipócrita y estrecha».²⁸ Malcolm Cowley, corresponsal

de *The New Republic*, corroboró, algunos años después, la percepción de García Calderón. Cowley, uno de los tantos expatriados norteamericanos que llegaron a París luego de la Primera Guerra Mundial, resaltaba la espontaneidad que se respiraba en la capital francesa al observar con deleite cómo la pintura, la música, el ruido callejero, las tiendas y mercados de flores, las modas, las fábricas, los poemas y las ideas convergían en una ciudad que, en sus palabras, era «mitad sensual, mitad intelectual».²⁹

En una ciudad tan activa como París, donde los intelectuales se conocían unos a otros mediante vínculos forjados tempranamente en los liceos o en instituciones académicas como la École Normale Supérieure, La Sorbona o el Collège de France, el método de reclutamiento descansaba en redes sutilmente tejidas a lo largo de los años.³⁰ Dentro de una de aquellas redes, que tuvo como uno de sus vértices a Émile Boutroux, logró ingresar el joven Francisco García Calderón. Resulta sorprendente observar la habilidad del escritor peruano, quien, probablemente ayudado por sus contactos en el ámbito diplomático, supo hacerse de excelentes relaciones en el mundo académico parisino, las que le permitieron contar con Gabrielle Seailles, Émile Boutroux y al futuro presidente Raymond Poincaré como avales de su producción bibliográfica en Francia. Es probable que el renombre del uruguayo José Enrique Rodó, quien prologó su primer libro y quien guardaba un especial afecto por su discípulo peruano,³¹ influyese para que este último fuese aceptado en los exclusivos círculos académicos franceses. El talento de García Calderón, unido al prestigio internacional que tuvo su padre, un ex presidente del Perú y además miembro de la Real Academia de la Lengua Española, debió pesar a favor de la buena recepción de su obra y de su posterior nominación al Premio Nobel.

En Francia existía, por esos años, una alta dosis de centralización de las actividades intelectuales, y a pesar de que no había grandes figuras de la talla de Sigmund Freud o Max Weber, dicha centralización colaboró a que su vida intelectual tuviera aquella vitalidad y energía que no existía en otros lugares de Europa. Los académicos franceses asumían que su país era el centro del mundo civilizado, de la misma manera que no dudaban en señalar que su idioma era el vehículo más perfecto de comunicación intelectual. Por ello, a pesar de «las vigiliadas, lecturas y fatigas» y del inmenso esfuerzo que le supuso, García Calderón escribió su primer libro en francés.³² Este hecho le ganó la admiración de sus amigos en Lima, que se referían orgullosos al dominio sobre el «universal instrumento» de la

24 Hughes, Henry Stuart. *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930*. Nueva York: Vintage Books, 1977, pp. 33-66.

25 Benda, Julien. *The Treason of the Intellectuals (La Trahison des Clercs)*. Nueva York: W. Morrow & Company, 1928. Según este autor, a partir de inicios del siglo XX las pasiones políticas empiezan a mostrar un grado hasta ese momento desconocido de «universalidad, coherencia, homogeneidad, precisión, continuidad y preponderancia». Lo anterior era el reflejo de una humanidad que se había abandonado al realismo con una unanimidad sin parangón en la historia. La razón principal, de acuerdo con Benda, no era solamente el ingreso del «clérigo» moderno al mercado, sino que aquel había puesto su pluma al servicio de las pasiones. En una crítica feroz tanto a la izquierda como a la derecha, Benda sostenía que los modernos «clérigos» partían de la premisa de que las ideas por ellos defendidas estaban incorporadas en la línea de un historicismo del cual cada uno creía poseer la única interpretación.

26 Carta de FGC a JRA, París, 5 de agosto de 1909. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 656.

27 Carta de JRA a FGC, Lima, 14 de agosto de 1907. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 624. Para la expansión de este tipo de sociabilidad entre los sectores populares, ver Haine, W. Scott. *The World of the Paris Café: Sociability among the French Working Class, 1789-1914*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1996.

28 Carta de FGC a JRA, Londres, 12 de junio de 1908. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 640.

29 Cronin, Paris, p. 40. Para el exilio norteamericano en París, ver Kennedy, J. Gerald. *Imagining Paris: Exile, Writing, and American Identity*. Nueva Haven: Yale University Press, 1993.

30 Hughes, *Consciousness and Society*, pp. 53-54.

31 La estrecha relación entre García Calderón y Rodó es explorada por Rodríguez Monegal, Emir. «América/Utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó». *Cuadernos Hispanoamericanos*. 417 (1985), pp. 166-171.

32 «Lo que me ha costado bastante es escribir en francés, pero he conseguido saber hacerlo, y esto es algo ganado». Carta de FGC a JRA, París, 13 de mayo de 1907. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 617.

lengua francesa exhibido por un compatriota, lo que le había permitido cumplir su propósito de llevar el nombre del Perú al «gran teatro de París».³³ Por otra parte, el centralismo intelectual francés no excluyó un interés muy marcado por lo exótico. García Calderón era totalmente consciente de que su posición de intelectual periférico jugaba a su favor. Así lo manifestó en carta a Riva-Agüero cuando, con cierta ironía, se refirió a Seailles, quien además de «mascular el castellano» estaba abierto a «todas las ideas y a todo lo exótico». En esta categoría, de acuerdo con García Calderón, entraban «las japonerías y lo americano».³⁴ No debemos olvidar que durante los años en que García Calderón hacía sus pinitos intelectuales en París, existía en el Collège de France una cátedra de «Antigüedades Americanas». Cabe recordar, también, que desde el siglo XIX el tema de los incas despertó el interés de algunos académicos franceses.³⁵ Dentro de un contexto en que el fomento de los vínculos intelectuales entre América Latina y Francia estaba en la mira de muchos académicos parisinos, no sorprende observar la sugerencia de Boutroux a su discípulo peruano respecto del dictado de una serie de conferencias relacionadas a la influencia francesa en la América española.³⁶ Ni tampoco es casual el interés exhibido por el escritor peruano frente a la promoción de una agrupación capaz de asociar a las universidades francesas con las americanas.³⁷

El interés de Francia por Latinoamérica no se circunscribió meramente al campo académico. El éxito espectacular que tuvo el tango, que tomó literalmente por asalto los salones de baile parisinos, denota que lo latinoamericano empezó a ser incorporado muy lentamente en el imaginario francés.³⁸ Es importante recordar que para 1891 la comunidad latinoamericana en París contaba con 5828 personas. Esta población heterogénea comprendía, en el ámbito femenino, desde empleadas domésticas hasta monjas, escritoras, estudiantes de música, de artes y de ciencias sociales.³⁹ Algunas de estas mujeres, entre las que se encontraba la peruana Zoila Aurora Cáceres, eran las esposas de los escritores en ciernes, pintores, médicos, activistas, políticos y periodistas que comenzaron a llegar a Francia hacia finales del siglo XIX. La comunidad latinoamericana era una entre las muchas otras que habían colaborado en transformar el rostro de París. Y es que la Exposición Nacional y el contacto con inmigrantes de todas partes del mundo determinaron que la capital francesa reforzara su fama de ciudad cosmopolita, en donde era posible no solo

disfrutar de la música argentina y de las danzas de los cosacos rusos, sino de las melodías del sur estadounidense, las que fueron interpretadas por la «diosa de ébano», Josephine Baker. La *Revue Nègre*, que abrió en el Teatro de los Campos Elíseos en la década de 1920, ofreció una visión exótica y sentimental de la América negra, la que fue representada con profusión de sandías, de vendedores de cacahuates y de botes circulando por el Misisipi.⁴⁰

Edward Said ha analizado la fascinación por lo exótico, especialmente lo oriental, que se despertó desde fines del siglo XIX en Europa. Para el autor, el «orientalismo», definido como el intercambio dinámico entre autores individuales, por un lado, y las preocupaciones políticas modeladas por los tres grandes imperios (Inglaterra, Francia y Estados Unidos), por el otro, derivó en la distribución de la conciencia geopolítica en textos económicos, sociológicos, históricos y filológicos. Esta elaboración no solo contempló las distinciones geográficas básicas (desigualdad entre Occidente y Oriente), sino una serie de «intereses» que al ser recobrados por medios tales como descubrimientos académicos, análisis psicológicos, reconstrucciones filológicas y descripciones sociológicas, evidenciaban una voluntad o intención de controlar, manipular y, en algunos casos, de incorporar a «lo otro» en términos de inferioridad. Este tipo de discurso, aparentemente neutro, no tuvo una relación directa con el poder político de la metrópoli, sino con su poder moral, cultural e intelectual. Así, el orientalismo descansó en una superioridad posicional que colocaba a Occidente en una gama de relaciones con el Oriente, en las cuales el primero siempre tenía hegemonía frente al segundo.⁴¹ Ciertas referencias en *El Perú contemporáneo* en torno a la relación asimétrica entre el Perú y Francia, o a la inferioridad racial y psicológica de los peruanos,⁴² e incluso el uso por parte de su autor de ciertas analogías orientales,⁴³ muestran no solo la versión estereotipada que sobre lo latinoamericano circulaba entre los productores culturales que acogieron y protegieron a García Calderón en París, sino la utilización del paradigma orientalista para otras latitudes, como Latinoamérica.

33 Carta de JRA a FGC, Lima, 12 de septiembre de 1907. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 630.

34 Carta de FGC a JRA, París, 30 de mayo de 1906. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 606.

35 Este punto es discutido en la carta de JRA a FGC escrita en Lima el 14 de agosto de 1907. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 625.

36 Carta de FGC a JRA, París, 8 de octubre de 1906. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 608.

37 Carta de FGC a JRA, París, 12 de junio de 1908. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 641.

38 Para una aproximación a la historia del tango, ver Collier, Simon. *Tango! The Dance, the Song, the Story*. Nueva York: Thames and Hudson, 1995.

39 Fey, Ingrid E. y Karen Racine (eds.). *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990's*. Wilmington: Scholarly Resources, 2000, pp. 82-83.

40 Un autor que aborda el tema del espacio de libertad y de creatividad que los músicos y artistas negros se forjaron en París es Shack, William A. *Harlem in Montmartre. A Paris Jazz Story between the Great Wars*. Berkeley: University of California Press, 2001.

41 Said, Edward. *Orientalism*. Nueva York: Pantheon, 1978, pp. 6-28.

42 A manera de ejemplo, cabe anotar que García Calderón señalaba que los habitantes de la selva eran «salvajes», unos «primitivos», «niños grandes» dominados por «el instinto y el odio». Carecían de individualidad, lo que destruía el «sentimiento del yo» (García Calderón, Francisco. *El Perú contemporáneo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp. 71 y 74).

43 En *El Perú contemporáneo*, la llama era descrita por García Calderón «como el camello de las montañas peruanas» (p. 69). La selva peruana era, en sus palabras, similar a «los bosques de la India inglesa» (p. 70). El imperio incaico era comparado con «la India brahmánica» (p. 77); además, los incas alcanzaron el tipo de perfección en el embalsamiento como el consumado en el «Egipto faraónico» (p. 78). Más aún, en el Perú existía una dinastía de letrados comparable con la del Oriente (p. 84).

EL PERÚ CONTEMPORÁNEO

La publicación de *El Perú contemporáneo* debe enmarcarse dentro de una etapa en la que el Estado francés persistía en sus esfuerzos por mantener el rango de potencia imperial y en la que sus círculos intelectuales intentaban definir y popularizar el concepto de latinidad.⁴⁴ Por ello el interés, desde el espacio de la cultura, por extender el radio de influencia a Latinoamérica. Esta estrategia, definida por algunos autores como «imperialismo cultural», desbordó el ámbito de lo estrictamente simbólico.⁴⁵ Como bien ha analizado Friedrich Katz para el Porfiriato, Francia tenía en México importantes intereses económicos, los cuales entraron en conflicto directo con las inversiones alemanas, británicas y estadounidenses.⁴⁶ Era a este tipo de conflictos entre potencias imperialistas al que probablemente se refirió Gabriel Seailles cuando subrayó, en el prólogo del libro de García Calderón, el hecho de que «Francia no debía de desentenderse» del Perú, país al que lo unía «una comunidad de cultura», la cual no debía desaparecer «ante influencias contrarias». Lo que se encontraba esencialmente en peligro, de acuerdo con Seailles, era «la promesa de una magnífica expansión» de la cultura francesa «en el mundo». Y es que, en términos generales, «Europa» no debía «desinteresarse del Pacífico». La pregunta que articuló el prólogo de *El Perú contemporáneo* permite colocar en perspectiva una discusión cuyos componentes económicos no pueden dejarse de lado: ¿Por qué «los franceses otrora emprendedores» —se preguntaba el prologuista— permanecían «los últimos en la lucha por la posesión del mercado peruano»? Dentro del contexto de una clara llamada de atención a aquellas fuerzas económicas y políticas incapaces de cumplir con su misión en Latinoamérica, no resulta una coincidencia el observar la asociación existente entre García Calderón y el economista Anatole Leroy-Beaulieu, al cual Edward Said describe como uno de los activos defensores de la colonización francesa. Para Leroy-Beaulieu, al que García Calderón catalogó como «un amigo del Perú», la colonización «era la fuerza

expansiva de un pueblo», siendo su característica la sujeción «del universo o de una vasta parte del mismo» a «las ideas, costumbres, lenguajes y leyes» de la potencia imperial.⁴⁷

Sería injusto reducir el libro de García Calderón a ser una suerte de vademécum para los inversionistas franceses. Más aún cuando resulta factible suponer que el escritor arequipeño debió de haber reflexionado en torno a los consejos que le diera su amigo Riva-Agüero, quien le recordó el hecho de que *El Perú contemporáneo*, más que ser un producto de «exportación», debía convertirse en uno de «importación». Antes que «los demás conocieran al Perú era menester que los peruanos se conocieran a sí mismos». Lo que sí resulta innegable es que la publicación de *El Perú contemporáneo*, libro que tuvo como meta principal captar la atención francesa en torno a la estabilidad política del país sudamericano, ocurrió en un año especialmente difícil. En 1907, la crisis económica mundial, que sirvió de preámbulo a la caída estrepitosa del Porfiriato, hizo evidentes las contradicciones de un modelo económico abrazado con optimismo por muchos países latinoamericanos.⁴⁸ En 1903, durante la agitada campaña electoral para la presidencia del Perú, el tema de la dependencia económica en la que había caído el civilismo, al que se le catalogó incluso de «entreguista», fue subrayado en uno de los tantos volantes que circularon en Lima. Un año después, en 1904, el periodista peruano Alberto Ulloa Cisneros puso en evidencia que dicho modelo, esencialmente de corte exportador, no era el adecuado para la promoción de «la riqueza social» peruana. El frágil consenso político creado a partir del gobierno de la Coalición Nacional, y que sirvió de plataforma para la reorganización del Partido Civil, duró muy poco tiempo. Los conflictos al interior de la élite, que a partir de la sucesión presidencial de 1903 se reavivaron, tuvieron su momento culminante en el golpe de Estado de 1914, el que significó la ruptura de un orden constitucional que, desde 1895, había venido manteniéndose con enormes dificultades.⁴⁹ La tensión fundamental se dio entre el Ejecutivo y el Congreso. Esta situación, que un testigo de aquellas jornadas políticas denominó como el «canibalismo de las cámaras», provocó, entre 1886 y 1919, la renuncia de 57 ministros de Justicia, 65 de Finanzas y 70 de Gobierno. Entre tanto, en 1901, 1903, 1911, 1914 y 1917 la Legislatura se encargó de rechazar los presupuestos que el Ejecutivo le envió para su aprobación.⁵⁰ El problema fundamental —el cual García Calderón no abordó

44 El concepto de «latinidad» apelaba a una tradición clásica que unía culturalmente a los países de raíces mediterráneas, cuya herencia era inherentemente cosmopolita. La cultura francesa fue definida como una en la que se honraba la claridad, la lógica y el balance. Ejemplificados por Dante y Virgilio, estos principios clásicos encontraron su expresión elocuente en la literatura de Moliere y Racine, la filosofía de Descartes, la arquitectura de Versalles y la pedagogía jesuita dirigida a la formación de hombres honestos. Para una interesante discusión en torno a la latinidad y a su reavivamiento en los años previos a la Primera Guerra Mundial, ver Hanna, Martha. *The Mobilization of Intellect: French Scholars and Writers during the Great War*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996, pp. 145 y 166.

45 Para este punto, ver la interesante discusión de Tomlison, John. *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1991. Para posteriores elaboraciones en torno al mismo tema, ver Mac Donald, Robert. *The Language of Empire: Myths, Metaphors of Popular Imperialism, 1880-1918*. Nueva York: Manchester University Press, 1994; y Brantlinger, Patrick. *Rule of Darkness: British Literature and Imperialism, 1830-1914*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1988.

46 Katz, Friedrich. *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*. Chicago: University of Chicago Press, 1981, pp. 59-61 y 460-510.

47 Para la conexión entre García Calderón y Leroy-Beaulieu, ver la carta del primero a JRA, París, 8 de octubre de 1906. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 607. Es importante anotar que el nombre y la obra de Leroy-Beaulieu aparecen entre las referencias bibliográficas de *El Perú contemporáneo*. Para el comentario de Leroy-Beaulieu en torno a la legitimidad de la colonización francesa, ver Said, *Orientalism*, pp. 219-220.

48 Hart, John Mason. *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*. Tenth Anniversary Edition. Berkeley: University of California Press, 1997, pp. 163-234.

49 Mc Evoy, Carmen. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana, 1871-1919*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997, cap. VII.

50 Para la referencia en torno al «canibalismo de las cámaras», ver lb., p. 420. Las cifras y los diversos ejemplos son provistos por Klarén, Peter. *Peru: Society and Nationhood in the Andes*. Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 2000, pp. 215-216.

en su libro— estaba relacionado con el sustento político de la República Aristocrática, la que además de descansar en las frágiles bases de una economía exportadora, dependía de una multiplicidad de intereses divergentes, los cuales buscaron su espacio en el Congreso. La presencia de gamonales serranos como aliados de la República Aristocrática no solo contradecía el aire de renovación publicitado en *El Perú contemporáneo*, sino que colaboraba en reconstruir e institucionalizar las relaciones patrón-cliente de antaño. La fuerza de los poderes locales y su activa politización, hecho que Víctor Andrés Belaunde denunció como el «caciquismo parlamentario», contribuyó a la gran inestabilidad y al faccionalismo que vivió el Perú en el temprano siglo XX.

En junio de 1908, Riva-Agüero le escribía a García Calderón comentándole sobre los graves problemas por los que atravesaba el Perú. Su pesimismo era grande, no siendo menor el exhibido por su corresponsal en París, quien reflexionaba con preocupación en torno a las escasas posibilidades que tenía «un país sin dinero, sin hombres y sin raza». Hasta Napoleón, subrayaba García Calderón, «hubiera fracasado en el Perú». ⁵¹ El hecho de que proliferasen «la inmoralidad» y un incesante «alza en el costo de vida» constituían, según el antes optimista García Calderón, «los síntomas de la bancarrota y el *ricorso* de 1878». ¿Era acaso posible pensar —se preguntaba— que el Perú estuviese condenado a «un círculo dantesco»? ⁵² En 1909, lo anacrónico del planteamiento central de *El Perú contemporáneo* era un hecho inocultable. Las cartas de Riva-Agüero señalaban que el país se encontraba al borde de la ruina, con los «bancos amenazados», la «gente pobrísima» y «muy asustada», y una situación política «muy fea». La impresión general era la de un absoluto vacío de poder. El recrudescimiento de la política facciosa parecía ser el preludio de «un nuevo estallido revolucionario». ⁵³ Por tal razón, de acuerdo con Riva-Agüero, las «hermosas perspectivas» de *El Perú contemporáneo* debían ser «aplazadas». ⁵⁴ Y es que sus predicciones sociológicas se encontraban —según el mismo García Calderón— «en plena bancarrota». ⁵⁵

La crisis política, económica y social vivida en el Perú, junto con el avance del imperialismo estadounidense, forzaron a que García Calderón volviera los ojos a una interpretación supranacional de la historia. Es probable pensar que su nueva perspectiva surgiera a partir de su asociación con otros expatriados latinoamericanos (como Ricardo Rojas, Rufino Blanco Fombona, Leopoldo Lugones y Manuel Ugarte), quienes estaban explorando por esos mismos años interpretaciones de corte panamericanista. ⁵⁶ Las cartas cursadas

51 Carta de FGC a JRA, París, 12 de junio de 1908. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 642.

52 Ib., loc. cit.

53 Carta de JRA a FGC, Lima, 2 de abril de 1909. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 650.

54 Ib., p. 651.

55 Para esta interesante discusión, ver carta de FGC a JRA, París, 15 de mayo de 1909. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 652. Para la crisis del coalicionismo, ver Mc Evoy, *La utopía republicana*, pp. 373-433.

56 García Calderón, *La creación de un continente*, pp. 177-193.

entre Riva-Agüero y García Calderón pertenecientes al bienio 1909-1910 permiten seguirle la pista a la evolución de una interpretación transnacional que tuvo como premisa fundamental la formación «moral e intelectual» de un continente. Con países en los que, roto el istmo de Panamá, todo era «análogo si no idéntico», el proyecto de una historia compartida prometía descifrar, de acuerdo con García Calderón, lo que significaba ser «latinos republicanos».

Así, la consecución de «la unidad moral» que el continente necesitaba pasaba por el liderazgo de países como Argentina y Brasil, que se encargarían de imponer la dirección y la metodología a seguir. *La creación de un continente* se propuso como tarea el ser una suerte de alegato de América Latina ante la «civilización occidental»; más aún, se puede decir que se trataba de su «defensa» ante un mundo hostil. García Calderón se quejaba de la «ceguera incurable» de los que, por estar «encerrados en la patria pequeña», veían impasibles que el mundo desarrollado lograba imponerse «a los pueblos débiles». ⁵⁷ «Estamos reducidos —señalaba— a la condición de pequeños estados de los Balcanes y Creta. Las potencias nos manejan [...] y de hecho substituyen con su intervención forzosa el ejercicio de nuestra soberanía». El afianzamiento de «la tutela yanqui» significaba el tener atadas las manos para siempre, además de «tener cerrada la única puerta de salida» por donde se podía escapar de las estrecheces presentes y «subir a la grandeza y al prestigio». ⁵⁸ La solución para el *impasse* de un problema que no solo ocurría en el Perú, sino que amenazaba extenderse a toda Latinoamérica, pasaba por «la unión moral de todas las repúblicas». Así, *La creación de un continente* fue, siguiendo las tendencias inauguradas en Francia por Henri Berr y Émile Durkheim, una obra de síntesis, la que a pesar de contemplar objetivamente la realidad de «los países anarquizados» de Latinoamérica, era también capaz de percibir desde lejos «la unidad» del continente. ⁵⁹

La trayectoria intelectual de García Calderón entre 1907 y 1912, además de mostrar un vuelco conceptual en relación con su primer libro en francés, ejemplifica lo que Said denomina como la construcción de una afiliación, es decir, el radical proceso de creación de un mundo propio, además de la indicación del contexto y las tradiciones que lo soportan. Teniendo como modelos el pensamiento de Bolívar ⁶⁰ y el de su maestro Rodó, ⁶¹ García Calderón trascendió en *La creación de un continente* y *Las democracias latinas de*

57 Carta de FGC a JRA, París, 12 de noviembre de 1909. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 660.

58 Carta de FGC a JRA, París, 22 de julio de 1910. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 671.

59 Cartas de FGC a JRA, París, 23 de febrero y 13 de abril de 1910. En Riva-Agüero, *Epistolario*, pp. 664-666.

60 «Cada día admiro más a Bolívar, a medida que conozco sus ideas y sus profecías». Carta de FGC a JRA, París, 29 de diciembre de 1910. En Riva-Agüero, *Epistolario*, p. 683.

61 Aproximaciones al pensamiento de Rodó las encontramos en Varela Petito, G. «Un balance de *Ariel* en su centenario». *Cuadernos Americanos*. XV/4 (2001), pp. 179-198; y en Acosta, Yamandú. «*Ariel* de Rodó, un comienzo de la filosofía latinoamericana y la actualidad democrática de un sujeto en construcción». *Cuadernos Americanos* XV/4 (2001), pp. 199-221.